

BOLSILIBROS
BRUGUERA

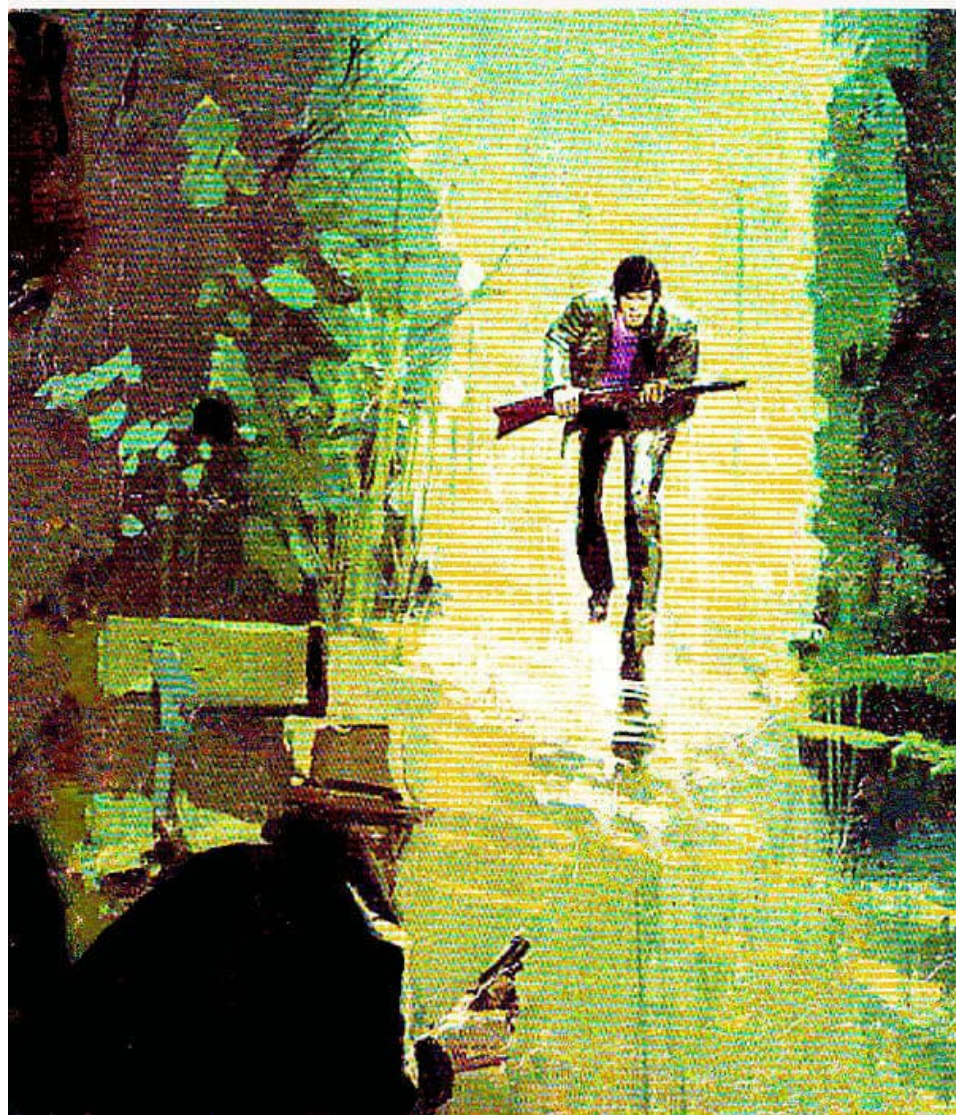
POLICIACA

SERIE

SERVICIO SECRETO

safari en la ciudad

burton hare



Riendo entre dientes, Indro Bran se alejó hacia los cortinajes del fondo del local.

Al otro lado de ellos había un salón más reducido, con paredes imitando roca y unos hachones sujetos a la piedra, que esparcían una luz difusa a su alrededor.

Los únicos ocupantes del saloncito eran un hombre y una mujer sentados en torno a una diminuta mesita.

El hombre tendría unos treinta años a lo sumo, era delgado y apuesto, con una espesa cabellera negra y ojos irónicos.

La mujer merecía capítulo aparte.



Burton Hare

Safari en la ciudad

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1283

ePub r1.0

Lds 05.07.18

Título original: *Safari en la ciudad*

Burton Hare, 1975

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Indro Bran entró en The Cave y sacudió furiosamente el agua de su sombrero empapado.

Desde la barra el mozo exclamó:

—Un día pésimo, ¿eh?

—Y que lo digas. Casi he tenido que llegar a nado.

—¡Le están esperando atrás!

—¿Quiénes han llegado?

—El señor Harmer fue el primero. Preguntó si estaba usted aquí. Luego, llegó la señorita Keever.

—¿Francine? —se extrañó Bran.

—La misma. Hacía tiempo que no la veía por aquí, ¿sabe?

—Y John, ¿no vino aún?

—¿El señor Collier? No, precisamente la señorita Keever se interesó por él también. Pero la última vez que le vi fue hace casi una semana.

—Bueno, no tardará en llegar. El y otro tipo que preguntará por nosotros. Se llama McGee y con toda seguridad tendrá un aspecto salvaje, si sabes lo que quiero decir.

Riendo entre dientes, Indro Bran se alejó hacia los cortinajes del fondo del local.

Al otro lado de ellos había un salón más reducido, con paredes imitando roca y unos hachones sujetos a la piedra, que esparcían una luz difusa a su alrededor.

Los únicos ocupantes del saloncito eran un hombre y una mujer sentados en torno a una diminuta mesita.

El hombre tendría unos treinta años a lo sumo, era delgado y apuesto, con una espesa cabellera negra y ojos irónicos.

La mujer merecía capítulo aparte. Tenía una inquietante belleza

de grandes ojos violáceos y chispeantes, inolvidables. Alta y delgada, era una morena regia y sinuosamente construida, con la firmeza debida en cada una de sus curvas. Era una de esas mujeres que incluso vestida con harapos hubiera podido ganar un concurso de belleza.

Tras los saludos de rigor, Bran acercó una silla y le sonrió a la muchacha.

—No pareces muy feliz —comentó—. ¿Qué te preocupa, linda?

—John, por supuesto.

—¿Otra pelotera de enamorados?

—Fue algo más serio que eso...

Indro sonrió.

—Le conoces perfectamente —dijo—. Tiene la cabeza más loca de cuantas he conocido, pero a mi juicio es el mejor hombre con quien podías haber tropezado.

Harmer soltó un gruñido.

—Y también el más irresponsable —sentenció—. Rompió con Fran hace un par de días.

Bran enarcó las cejas.

—He oído esa frase otras veces. Nunca pasó de una nube de verano. Y a propósito, linda, ¿qué estás haciendo aquí? Eso estaba planeado como una reunión de hombres solos.

—Pensé que tal vez John estaría aquí...

—Y hablas de rompimiento, ¿eh? Bueno, si te interesa, te diré que tú rompecorazones debe de estar a punto de llegar. El y nosotros vamos a dar la bienvenida a Duncan, aunque tú no le conoces.

—John habla a menudo de él... pero no sabía que estuviera en Nueva York.

—Debió llegar anoche. El tiempo justo de convocarnos y luego colgó el teléfono. Es el fulano más salvaje que he conocido jamás... pero un gran tipo.

El mozo entró para tomar el pedido de Bran. Conversaron sin mucho entusiasmo de varios temas, pero la muchacha parecía obsesionada por la espera y la charla decayó paulatinamente.

Casi dio un salto cuando se apartaron los cortinajes y apareció un hombre.

Pero no era el que ella esperaba.

Éste aparentaba quizá un par de años más de los que en realidad tenía. Sus hombros eran poderosos, su cintura estrecha y sus piernas largas y ágiles.

Avanzó resueltamente. Al aproximarse a la mesa, Francine descubrió su rostro y contuvo el aliento.

Nunca supo qué le causó tal escalofrío. Si la piel oscura y curtida, tan morena que casi parecía la de un piel roja; o quizá sus ojos grises, profundos, e implacables que parecían destilar una corriente de salvajismo increíble. O tal vez su cuadrada mandíbula o la firmeza de su boca expresiva, casi sensual.

Llevaba el cabello largo y revuelto y en las sienes aparecían unas amplias pinceladas grises, como si hubiera encanecido prematuramente.

Se detuvo ante las miradas asombradas de los demás. Sonrió y ni siquiera con la sonrisa su rostro curtido pudo dulcificarse.

—Bueno —dijo—. Alguien debe recordarme tal cual soy...

—¡Duncan, muchacho! —exclamó Indro.

Levantándose, le estrechó la mano con energía.

Calvin Harmer comentó:

—Me has defraudado, compañero. Esperaba verte aparecer con botas claveteadas, pantalón corto y *salacoff*, tal vez llevando un león al extremo de una cadena... ¿Cómo te sientes de vuelta a la civilización?

—¿Qué civilización? —rió McGee, estrechándole la mano.

Luego se volvió hacia la estupefacta muchacha y murmuró:

—No recuerdo que en nuestro grupo hubiera nunca una personita tan hermosa. ¿Nadie va a presentarla?

Bran cacareó:

—No te entusiasmes, esta pieza está fuera de tu alcance. John la cazó hace mucho tiempo.

—¿John Collier se casó con esta maravilla?

—Todavía no, pero es de su propiedad particular —rió Calvin.

El recién llegado estrechó la mano de la muchacha. Por un instante la implacable frialdad de sus ojos se diluyó con una especie de corriente cálida que puso un escalofrío en la piel de Francine.

—Me alegro de conocerte —dijo McGee—. He olvidado el tiempo transcurrido desde la última vez que vi una cara tan bella. En África es difícil en estos tiempos, ya sabes...

Se dejó caer sobre una silla y paseó la mirada de uno a otro de los sentados a la mesa.

—¿Y Ray? —indagó.

Indro sacudió la cabeza.

—Ascendió —dijo—. Está endiabladamente ocupado en esta podrida ciudad. Ahora es teniente de la Brigada de Homicidios. Le hablé por teléfono, pero no me aseguró que pudiera venir a estas horas.

—Bien, ya le veré en otra ocasión.

Captó la mirada impaciente que la muchacha dirigió al reloj de pulsera. Luego, entró el mozo, y Duncan McGee dijo:

—Desde que decidí regresar no he pensado en otra cosa que en saborear un buen *gimlet*. Con mucho hielo, ¿sí?

—Nunca lo habrá probado mejor —aseguró el camarero.

Se fue y Harmer indagó:

—Bueno, cuéntanos. ¿A qué se debe tu súbita vuelta al hogar?

—Las cosas se han puesto muy difíciles en Africa de un tiempo a esta parte. Ya sabes, vientos de independencia y todo esto. Aguanté mientras fue posible. Tenía buen ascendiente entre los nativos, pero incluso yo he debido abandonar... Africa está sufriendo un doloroso parto, si sabéis lo que quiero decir.

—A mi modo de ver —replicó Bran—, es lógico que los negros no sientan ninguna simpatía por los que hasta hace poco estuvieron expoliándoles sus recursos, explotándoles como a esclavos...

McGee gruñó algo entre dientes.

—Ahora —dijo, sombrío—, les explotan sus mismos compatriotas. Invierten sus recursos en comprar armas, coches, tanques y aviones, pero la gente sigue muriéndose de hambre y enfermedades parasitarias lo mismo que antes. Pasará mucho tiempo hasta que consigan una vida mejor...

Francine esbozó un gesto de impaciencia.

—Creo que me iré —murmuró—. Ya he aguantado bastante.

—Pero, muchacha, ya conoces a John. No es puntual ni siquiera para cobrar una de sus condenadas apuestas. Espera un poco más —aconsejó Indro dándole unas palmaditas en la mano...

Duncan McGee encendió un cigarrillo. El mozo trajo su bebida y se alejó de nuevo.

Reinó un corto silencio mientras probaba su *gimlet*. Lo paladeó,

asintió y dijo:

—Ajá, apenas recordaba el sabor... Excelente.

La muchacha estaba cada vez más nerviosa e impaciente.

En cierto modo, su tensa presencia parecía coartar la espontaneidad de los demás.

El cazador la miró un instante. Sus grises pupilas parecieron penetrar hasta las profundidades de sus sentimientos de tal modo que la joven desvió sus ojos sintiéndose extrañamente turbada.

Calvin Harmer gruñó:

—De todos modos está pasándose de rosca a mi entender...

Justo en aquel instante los cortinajes se abrieron y otro hombre apareció.

Alto, recio, con el cabello ralo y un cuello de toro, el recién llegado avanzó con una vaga incertidumbre.

Calvin exclamó:

—¡Cuernos! Nuestro polizante...

McGee se levantó. Era muy alto y por un instante su poderosa humanidad pareció dominar a los demás.

—Ray... —murmuró, tendiéndole la mano.

Raymond Kirkside se la estrechó efusivamente. Pero a pesar de su evidente satisfacción por encontrar de nuevo al viejo amigo y camarada cuyo recuerdo siempre había conservado con afecto, no logró sonreír.

—No pensé que pudiera venir, Duncan —gruñó.

—Pero estás aquí, y me alegro mucho. Acaban de decirme que te ascendieron, ¿eh?

El rostro sombrío del policía se contrajo en una mueca. Su mirada apagada se fijó un instante en la muchacha y su presencia pareció conturbarle más de lo que ya estaba.

—No sabía que tú también asistirías a esta reunión, Fran —masculló.

Ella sacudió la cabeza.

—Al parecer, mi presencia no satisface a casi nadie esta noche.

—No digas tonterías...

Calvin Harmer se irguió un poco en su silla.

—Ray, aquí pasa algo raro. ¿A qué viene esa cara de funeral?

—Tengo malas noticias...

—Sería la primera vez que un polizante las tuviera buenas —rió

Indro—. Vamos, siéntate y bebe algo. McGee va a contarnos sus aventuras en las selvas africanas...

—Yo podría contarlas más excitantes de esta selva de asfalto.

Pero se dejó caer en una silla. Sacó un pañuelo y arrojando el sombrero a un lado lo restregó contra su húmedo cuello.

Hubo un silencio incómodo.

Duncan palmeó la espalda del teniente.

—Bueno, Ray, suelta lo que sea que te inquieta y luego bebe en paz a mi salud. Te traje un recuerdo de Africa. Espero que te gustará.

—Eso es, desembucha y luego alegra la cara, viejo —le animó Indro, impaciente.

—Lamento que estés aquí, Fran —murmuró el policía—. Lo que he de decir no te gustará...

Ella dio un respingo.

—¿Se trata de John? —jadeó.

—Sí...

La muchacha contuvo el aliento.

Bran gruñó:

—No vayas a decimos que le has detenido...

—No.

—Entonces, ¿qué?

—Está muerto.

Su voz fue opaca, como si hubiera retumbado en una cámara de resonancia.

Pero fue igual que si hubiera estallado un trueno en el silencio del reducido salón.

Francine abrió la boca como si se ahogara. Un desgarrado sollozo escapó de su garganta y de repente se cubrió la cara con las manos. Todo su cuerpo se estremecía a impulsos del llanto.

McGee dijo:

—Ya que has empezado, termina, Ray.

Kirkside se levantó para acercarse a la muchacha y murmuró:

—Lamento que... Bueno, ya me conoces, Fran. Para mí es un golpe muy duro también... Vamos, cálmate...

Le rodeó los hombros con el brazo. Ella se irguió, refugiándose entre los brazos del policía sin dejar de sollozar espasmódicamente, perdido el control de sus nervios.

Calvin gruñó con voz ronca:

—Sería mejor que te fueras a casa, Fran. Te acompañaré...

Ella sacudió la cabeza.

—No —balbuceó—. Quiero verlo... saber...

—Todos queremos saber —dijo McGee—. El hecho de que sea la policía quien interviene en el asunto de su muerte se presta a desagradables posibilidades, Ray. ¿Cómo murió?

—Asesinado. Ha sido encontrado esta tarde en los muelles, detrás de una estiba de bultos recién descargados.

Siguió un sombrío silencio.

De repente, Francine sufrió una violenta contracción nerviosa y se desmayó sostenida por los brazos del teniente.

La que debiera haber sido una reunión alegre, un encuentro de viejos camaradas, se convirtió de este modo en la siniestra reunión con la muerte.

CAPÍTULO II

La atmósfera olía a formaldehído y otros desinfectantes. Era pesada, dulzona y desagradable.

El encargado, un hombrecillo de rostro cetrino y ojos apagados, les guió hasta la sala de disección, una nave desolada alumbrada por tubos fluorescentes y equipada con varias mesas de mármol.

Tres de ellas estaban ocupadas por sendos cuerpos cubiertos por blancas sábanas.

—Es éste —dijo el hombrecillo.

Ray Kirkside cedió el paso a sus compañeros. Él había visto el cadáver mucho antes.

El hombrecillo retiró la sábana lo suficiente para que pudieran ver el rostro.

Indro contuvo el aliento y jadeó:

—¡Santo Dios!

Duncan McGee dio un paso adelante, apartó al hombrecillo y de un tirón descubrió el cuerpo por completo.

El cadáver estaba desnudo y lo que apareció ante su vista no era agradable precisamente.

El policía gruñó:

—Le hicieron un feo trabajo antes de matarlo...

—Afortunadamente, la muchacha no ha venido —rezongó McGee entre dientes—. Le torturaron con una brutalidad increíble, Ray...

—Se les fue la mano —dijo el aludido—. La primera impresión del médico forense es que se les quedó entre las manos en mitad de su nauseabundo trabajo. Le falló el corazón a causa del dolor.

Las mandíbulas del cazador se encajaron con un chasquido y no pudo evitar que sus dientes rechinaran salvajemente.

Sin mirar a nadie masculló:

—No me parece que haya vuelto a la civilización precisamente. Ni siquiera en Africa vi nunca nada semejante.

—Salgamos de aquí —murmuró Calvin Harmer con voz ronca—. Voy a ponerme enfermo...

Ray hizo una seña al encargado y todos se fueron, dejando al hombrecillo ocupado en volver a cubrir el destrozado cuerpo del que fuera otro miembro del grupo de camaradas.

En la calle, la llovizna persistente los azotó de modo desagradable.

El teniente propuso:

—Hay un bar en la esquina. Vamos, quiero hablar con vosotros.

El bar era un local espacioso, al fondo del cual había tres mesas de billar. A esa hora de la noche la clientela era escasa, de modo que pudieron elegir una mesa adosada a un rincón, y cuando tuvieron sus bebidas a mano, Ray Kirkside dijo:

—Yo llevaba semanas sin ver a John. Quiero decir que últimamente desconocía sus actividades. ¿Alguno sabe algo de él que pueda ayudarme a iniciar las investigaciones?

Indro Bran se encogió de hombros.

—Estuve con él hace un par de días. Estaba satisfecho de sí mismo, optimista. Dijo que al fin se habían resuelto todos sus problemas.

—¿Qué clase de problemas?

—Regístrame. Ya sabes cómo era... Habló más que un sacamuelas y no dijo nada, pero me pareció que las cosas le marchaban bien.

—Estoy seguro que representó una comedia en tu obsequio —refunfuñó Calvin Harmer—. Dos días atrás ya había roto con Francine. No podía estar muy satisfecho de sí mismo precisamente.

—No me dijo una palabra de eso, pero sí mencionó que Fran ya no tendría nada que reprocharle. Iban a poder casarse inmediatamente.

Ray arrugó el ceño.

—¿Estás seguro que te dijo eso?

—Lo recuerdo perfectamente.

—No lo comprendo... Si eso era cierto, ¿por qué había roto con ella?

—Habrás de preguntárselo a Fran cuando se haya calmado.

Harmer dijo:

—Insisto en que estaba fingiendo para ocultar sus sentimientos. No podía estar muy contento después de la faenita que acababa de hacerle a la muchacha.

—Tal vez —dudó Indro—. Era un cabeza loca. Con él nunca sabías a qué atenerte.

Duncan encendió un cigarrillo. Estaba sombrío y su voz retumbó con acentos sordos cuando dijo:

—John era quizá el miembro del grupo con el que tuve más relación en el pasado. Debía haber cambiado mucho desde que no le veía... ¿A qué se dedicaba?

Ray emitió una suerte de quejido.

—¿Dedicarse? —exclamó—. Si te refieres a su trabajo, olvídalo. Sus actividades se centraban a arriesgar todo el dinero de que podía echar mano en las apuestas. Carreras de caballos, boxeo, galgos... Cualquier clase de apuesta estaba bien para él. Tan pronto estaba arriba como abajo.

—Mucho más abajo que arriba —puntualizó Bran, ceñudo.

—Ya veo... ¿Fue por esa clase de vida que rompió con su novia?

—Seguro. Fran estaba cansada de esperar, de soportar engaños y dilaciones. Es una chica demasiado buena y sensata para someterse a una vida como la que John llevaba.

El cazador expelió una nube de humo.

—¿Tienes alguna pista, Ray? —preguntó.

—Hasta ahora, nada. Fue descubierto por unos marineros que regresaban a su barco. No cabe duda que le llevaron hasta el muelle con un coche, arrojándole detrás de la estiba.

Calvin Harmer gruñó:

—Tengo el estómago revuelto desde que le vi... si pudiera tener a los bastardos que hicieron esa salvajada, entre mis manos...

McGee dijo con extraña calma:

—A mí también me gustaría. Conozco algunos trucos que les harían lamentar haber nacido.

—Todo esto son tonterías. Cuando sean detenidos serán juzgados con arreglo a las leyes —terció el teniente—. A pesar de todo, y de modo estrictamente personal, también a mí me gustaría ajustarles las cuentas según la vieja ley del diente por diente y ojo por ojo...

Atiende, Indro, ¿no puedes recordar nada de cuanto te dijo él que pueda servirnos para empezar? Alguna frase que te pareciera extraña o sin sentido entonces, pero que ahora...

Bran estaba sacudiendo 3a cabeza de un lado a otro.

—Nada —se lamentó—. Ni una maldita cosa.

—Está bien —suspiró Kirkside—. Debo irme. Nos veremos mañana y seguiremos hablando, si para entonces tenemos algo más sólido que ahora.

McGee se levantó también.

—Te acompaño.

Estrechó la mano a los otros dos y antes de alejarse aún dijo:

—Tengo una habitación en el Sheraton. Había pensado organizar una cena allí para cualquier noche, pero creo que habré que retrasar el proyecto de momento.

Salió en compañía del teniente. Fuera, volvía a llover con intensidad.

Ray gruñó, subiéndose el cuello de la gabardina:

—Tengo el coche, aquí cerca. Te llevaré al hotel, y luego iré a enfrentarme con mi problema.

—Muchacho, se me ocurre que también es problema mío. Johnny fue el mejor amigo que tuve jamás, exceptuándote a ti.

—Comprendo tus sentimientos, Duncan, pero aquí no estás en las selvas africanas. La cacería está legalizada —sonrió en medio de la lluvia y añadió—: No tienes licencia para esta clase de caza, viejo.

Habían llegado junto al coche. La lluvia arreció y ambos hombres se refugiaron en el interior del vehículo.

McGee encendió un cigarrillo.

—Se me ocurre que harías mejor interrogando a esa chica antes que se enfríen sus recuerdos... Tú *sabes*, Ray; una leona herida es mucho más peligrosa cuando sus heridas aún sangran que cuando ya se han cicatrizado.

Kirkside le miró de reojo con una profunda arruga surcándole la frente.

—No estoy seguro de que me guste tu interés... ¿Estás proponiéndome que te lleve conmigo en mis interrogatorios?

—En absoluto. Sólo en éste. Francine me impresionó profundamente y me gustaría ver cómo reacciona.

El policía le observó preocupado. En su mirada aguda había una sombra de desconcierto.

—Lo más seguro es que se encuentre durmiendo ahora. El médico le habrá aplicado algún sedante.

—Se me antoja una pérdida de tiempo. Cuando se persigue una pieza de caza mayor no se le puede dar tregua, Ray. Hay que acorralarla, no darle respiro... aplastarla.

—Te repito que aquí...

—Lo sé, lo sé. Pero un asesino capaz de hacer esa salvajada es como una hiena rabiosa, o una pantera vieja con el hígado lleno de gusanos. Hay que matarla, Ray, o matará ella otra vez, y otra y otra más, sólo por el ansia de destrozar, porque su rabia le impide vivir como los otros ejemplares sanos de la colonia.

Su voz se había convertido en un ronco gruñido. Kirkside se estremeció sin saber muy bien por qué.

—Me doy cuenta de cuánto has cambiado, Duncan —murmuró como si hablara consigo mismo—. No creo que tu estancia en Africa te haya favorecido mucho.

—Ahí es donde te equivocas. Aprendí innumerables cosas extremadamente necesarias en un mundo loco y absurdo como el que la civilización ha creado... ahora puedo ver la vida desde un ángulo mucho más real que antes. Puedo hacer cualquier cosa que sea preciso sin falsos aspavientos ni retorcidas actitudes destinadas a complacer a la galería, aunque no creo que puedas comprenderme...

—Cualquier cosa...

—Exactamente.

—Incluso... ¿Matar?

—Sí.

—Ya veo.

El policía apartó el coche de la acera y embistió la cortina líquida que se desplomaba sobre la calle, reflejando las luces como una catarata de chispas de plata.

Condujo en silencio varios minutos. El tráfico era escaso en medio de la tormenta. Se oía el agudo chirriar de los neumáticos sobre el agua, que se deslizaba por el asfalto igual que un torrente.

Duncan McGee rompió el silencio.

—Si mal no recuerdo, éste no es el camino del hotel Sheraton.

—Bueno, voy a hacerte caso por una vez.

—¿Francine?

—Veremos si puede atenderme... lo más seguro es que esté dormida, en cuyo caso nos largaremos de allí y tú te meterás en tu hotel y dejarás que me gane el sueldo por mis propios medios. ¿Está claro?

No obtuvo respuesta, de modo que siguió conduciendo. Su rostro tenía una expresión tanto o más sombría que la del cazador...

CAPÍTULO III

Apenas llamaron a la puerta, ésta se abrió, dejando escapar una catarata de luz que recortó la silueta de la muchacha.

Francine estaba horriblemente pálida, temblaba como si tuviera fiebre y al reconocer a los dos hombres casi se arrojó en brazos de Kirkside.

—¡Dios bendito! —jadeó—. Estuve llamándote a tu despacho una vez tras otra, Ray...

—¿Por qué, qué te ocurre?

McGee entró detrás del policía y cerró la puerta.

—El teléfono —jadeó Francine.

Kirkside la llevó al interior, sentándola en un confortable diván.

—Explícame qué es eso del teléfono, pero trata de calmarte y habla con sentido común. Yo creí que estarías descansando... ¿No estuvo aquí un médico?

—Sí, sí... Me dio unas pastillas. Precisamente comenzaba a quedarme dormida cuando me despertó el teléfono.

McGee miraba en torno. El apartamento era confortable, decorado por alguien que sabía lo que llevaba entre manos. Además, poseía ese ambiente, ese cúmulo de pequeños detalles, que delatan la exquisita sensibilidad del ocupante.

—Era un hombre, Ray... Me amenazó.

McGee dejó de interesarse por la decoración.

El teniente gruñó:

—Aclárame eso, pequeña. ¿Por qué te amenazó, qué fue lo que te dijo concretamente?

—Primero quiso saber si Johnny me había hablado de su último negocio... El dijo que jugaba o algo así. Estuvo haciéndome un sin fin de preguntas...

—¿Sobre ese negocio de John?

—Sí. Era una voz bronca, estremecedora. Me dijo que comprobaría si le había mentido... que me vigilarían... y que si yo no había dicho la verdad me harían lo mismo que le habían hecho a él. Creí morir, Ray...

El policía levantó la mirada hacia McGee. Éste mantenía el rostro inexpresivo, e incluso sus ojos acerados parecían haberse diluido en una especie de pozo de hielo insondable y sin expresión.

—Trata de calmarte, pequeña —murmuró Kirkside—. ¿No sabes de qué clase de negocio se trata, no te habló Johnny de este asunto?

—No, ni una palabra, aunque ese hombre del teléfono parece creer que sí lo hizo. ¡Y me vigilan, Ray! Quieren... quieren matarme... como a Johnny...

—Cálmate. Nos ocuparemos de que no puedan acercarse a ti sin recibir su merecido.

McGee intervino con su voz seca.

—¿Por qué rompisteis Johnny y tú, Francine?

Ella se volvió vivamente.

—No creo que...

Ray la hizo callar con un gesto.

—No es lo que supones, Fran. Por lo que sé, reñiste con él dos o tres días atrás. ¿No es cierto?

—Sí, pero...

—Trata de recordar, por favor. Cualquier pequeño detalle es importante. ¿Por qué fue la ruptura?

—Bueno, una cosa no tiene nada que ver con la otra.

—Deja que eso lo decida yo, ¿quieres?

La muchacha titubeó. Sus ojos angustiados fueron de uno a otro hombre y de nuevo al contemplar la poderosa figura del cazador el extraño poder que parecía desprenderse de él como un influjo implacable, sintió un sorprendente escalofrío.

—Todo fue por culpa de ese boxeador amigo suyo... Sweeney...

—¿Sweeney? —exclamó Kirkside, sorprendido.

Ella suspiró.

—Te lo contaré todo... Johnny me había prometido dejar las apuestas para siempre. Estaba buscando un trabajo y aseguró que le iban a emplear como vendedor en una firma de coches usados. Le apremiaba, tú sabes... No estaba dispuesta a continuar como hasta

entonces. Bueno... me juró que había roto con el pasado, ¿comprendes? No más apuestas, no más relaciones con gente turbia y todas esas cosas.

—Pedirle a Johnny que renunciara a apostar era como esperar que pudiera dejar de respirar. Pero sigue...

—Fue entonces cuando le vi en compañía de ese boxeador. Estaban los dos juntos, en un bar, y hablaban muy excitados.

—¿Cuándo fue eso?

—Ya te dije. Hace exactamente dos días.

—¿Y...?

—Aquella noche se lo reproché. Tuvimos una escena terrible y me acusó de no tener fe en él. Me dijo que sus amistades eran cosa suya, y otras cosas terribles. Así fue como todo terminó entre nosotros.

—Entiendo. Pero tú fuiste a The Cave para verle, pequeña.

Ella asintió.

—Es cierto. Yo... Bien, sinceramente, Ray. Quería devolverle las joyas que me había regalado. Tenía por costumbre regalarme alguna chuchería cada vez que acertaba una apuesta. Decidí que si debía olvidarle no podía quedarme con nada suyo.

—Claro, claro... De modo que le viste hace dos días con ese montón de músculos sin seso, Sweeney. Conozco a ese fulano. Pertenece a la «cuadra» de Lavorsky. Veré qué tiene que decimos.

El policía se levantó. La voz de McGee retumbó de nuevo:

—¿Cómo vas a proteger a Francine, Ray?

—Enviaré a uno de mis detectives esta misma noche. Después me ocuparé de que destinen un servicio permanente de escolta. Pero tú no abras la puerta a nadie que no conozcas, Fran. El muchacho que vendrá se llama Evans, es pelirrojo y cuando llame te dirá que viene de mi parte. Pero excepto a él, no dejes entrar a nadie más. ¿Entendido?

—Sí, Ray.

—Y si vuelven a llamarte por teléfono no te asustes. Insiste en que no sabes nada, pero intenta retener la comunicación todo el tiempo que puedas... Si me es posible haré que intervengan tu teléfono para localizar la llamada, aunque eso no sé si podré conseguirlo. Esa práctica goza de muy mala Prensa en estos tiempos...

—Sabía que podía contar contigo, Ray...

—Muchacha, sabes que siempre será así. Conmigo... y con todos los del grupo. ¿Sabes una cosa, linda? —añadió, riéndose para quitar tensión a la despedida—. Si no estuviera casado aprovecharía esta oportunidad contigo... Y ahora trata de descansar.

Estaban otra vez en el coche cuando McGee comentó:

—No sabía que te hubieras casado, Ray.

—A mí también me sorprendió cuando me di cuenta de que lo había hecho. Nunca pensé que pudiera encontrar, una mujer lo bastante loca como para casarse con un polizone. Es una gran chica, Duncan. Y le he hablado mucho de ti.

—Ajá, me gustará conocerla. ¿Adónde vamos ahora?

—¿Aún insistes en asistir a los interrogatorios?

—Sólo al del boxeador ese... Porque imagino que irás a su encuentro ahora mismo.

Kirkside suspiró resignadamente.

—Antes me ocuparé de la escolta de Fran. Después iremos a ver a Sweeney.

El cazador se arrellanó en el asiento, encendió un cigarrillo y pareció por su silencio que se desentendía por completo de todo lo demás.

Sin embargo, su mente seguía trabajando sin cesar, tratando de adaptarse a ese mundo que para él resultaba nuevo debido a su larga ausencia.

También la imagen de Francine seguía ocupando buena parte de sus pensamientos. Tal vez fuera porque durante mucho tiempo había permanecido alejado de mujeres como ella, pero con su clásica sinceridad para consigo, el cazador no dejó de admitir que la muchacha le había impresionado como no recordaba haberlo sido nunca.

Entonces, Ray Kirkside empezó a hablar de los pormenores de su trabajo policíaco en la inmensa ciudad y, en parte, los pensamientos de McGee emprendieron otros derroteros.

CAPÍTULO IV

La inmensa y destartalada nave del gimnasio estaba sumida en penumbra cuando entraron. Sólo en uno de los cuadriláteros brillaba una descamada luz alumbrando la desangelada pelea de entrenamiento entre dos muchachos con más ilusiones que ciencia boxística.

Alrededor de ellos, cuatro o cinco individuos discutían en voz alta, aunque se interrumpieron al ver avanzar a los dos recién llegados.

En su mundo, los músculos tenían categoría de suprema razón. Tal vez por eso se fijaron principalmente en la hercúlea apariencia de Duncan McGee antes que en el teniente.

Sin embargo fue éste quien gruñó:

—¿Dónde está Lavorsky?

—Arriba, en su oficina.

—¿Y Sweeney?

Cayó un silencio pesado, tenso, y no hubo respuesta.

Kirkside paseó su mirada por encima de todos aquellos tipos, comprobando que ninguno de ellos parecía dispuesto a contestar su pregunta.

Incluso los dos aficionados que estaban cambiando golpes sobre la lona dejaron de bailotear para prestar atención.

—Hice una pregunta —insistió, ceñudo—. ¿Nadie sabe dónde puedo encontrar a ese saco de músculos?

—Pregúntele a Lavorsky —rezongó uno de ellos.

Les dejaron sumidos en su expectante silencio. Por una estrecha escalera los dos hombres se encaramaron hasta la planta superior. El teniente empujó una puerta y entraron en una oficina cuyas paredes estaban llenas de desconchados y fotografías de

boxeadores.

El hombre sentado tras la mesa levantó la cabeza, abrió la boca para formular una protesta por la irrupción, y volvió a cerrarla como un cepo cuando reconoció a Kirkside.

Éste gruñó:

—Tienes a su morralla bien adiestrada, Lavorsky. Les hice una pregunta y ni siquiera dejaron oír su voz.

—Tal vez no sabían la respuesta.

—Espero que contigo tenga más suerte.

—Mire, teniente, vaya al grano. Hace mucho tiempo que estoy limpio y sin dificultades con la ley y usted lo sabe.

—Si eso es cierto debes haber cambiado mucho desde la última vez que saliste de la cárcel.

Lavorsky hizo una mueca. Era un hombre grueso, casi calvo y con una mirada huidiza que parecía incapaz de soportar los ojos de su interlocutor.

—Aquello pasó —dijo entre dientes—. ¿Qué es lo que quiere?

—Encontrar a Sweeney. ¿Dónde vive?

El propietario del gimnasio se puso rígido por unos instantes.

—¿Sweeney? —balbuceó.

—Pertenece a tu equipo, ¿no es cierto?

—Me ocupo de sus asuntos profesionales, eso es todo.

—De cualquier modo, da lo mismo. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—¿Para qué le busca? Sweeney no es un tipo que acostumbre meterse en líos.

—No vayas a decirme que es una blanca paloma, Lavorsky. Y si te detuvieras a pensar un poco, te darías cuenta de que la gente que yo busco, si están metidos en líos, son líos de sangre. Soy teniente de Homicidios, ¿entiendes?

El rostro de Lavorsky palideció, adquiriendo un tono ceniciento.

—Sweeney no puede haber hecho nada grave. No tiene seso suficiente ni para eso...

—Ya basta. Todo lo que espero es su dirección.

—Tiene un cuarto en el siete nueve, de Marogan Street...

—¿Cuándo lo viste por última vez?

—No sé... desde su último combate ha descuidado bastante sus entrenamientos.

—Concreta más, Lavorsky, empiezas a cansarme.

—Hace días.

McGee adelantó los pasos que le separaban de la mesa. Su mirada aguda chispeaba ahora amenazadoramente.

—Ray —gruñó—, este pajarraco tiene el buche lleno. Déjame un par de minutos y te aseguro que cantará tan alto que tendrás que obligarle a callar.

—Espera un minuto, Duncan.

Lavorsky echó la silla hacia atrás y se levantó. Trataba por todos los medios de conservar el tipo, aunque sus ojos miraban ahora con prevención al fornido cazador.

—¿Desde cuándo lleva usted guardaespaldas, teniente? —farulló despectivamente.

La zarpa de McGee se distendió como un muelle. Sus dedos de acero se cerraron sobre la camisa del hombre y al tirar de él hacia adelante casi le tendió sobre la mesa, donde quedó balanceándose apoyado en su gran barriga.

—Tienes unos modales detestables —dijo McGee—. Pero eso podemos arreglarlo fácilmente...

—¡Suélteme, maldito sea...!

Ray ocultó una sonrisa y procuró que su voz fuera seca al exclamar:

—¡Quieto, Duncan! Lavorsky también tiene sus derechos constitucionales...

—En el lugar de donde yo vengo nadie se preocupa por los derechos constitucionales. Sobre todo cuando son los derechos de una rata...

Dio un tremendo impulso a su brazo y el corpachón del gordo salió lanzado hacia atrás, tropezó con su propio sillón y rodó más allá en medio de un tremendo estrépito.

Kirkside rodeó la mesa y se inclinó sobre el caído.

—¿Te sientes bien, Lavorsky?

—¿Qué infiernos quieren de mí? —aulló—. ¡Usted me hizo una pregunta y yo la respondí!

—Mi amigo opina que ocultas algo relacionado con Sweeney, eso es todo. Y yo empiezo a creer que él tiene razón.

—¡No tienen ningún derecho a maltratarme!

—Sweeney, ¿recuerdas? Háblanos de él antes que de tus derechos. Queremos saber cuándo le viste por última vez.

Con muchas dificultades, el gordo se puso de pie y apoyándose en la mesa gruñó:

—Una semana, diez días... ¿Cómo quiere que lo recuerde con exactitud?

—¿Le viste en compañía de Collier?

—¿Quién es éste?

—John Collier. Forzosamente debes conocerle. Suele apostar hasta las pestañas en el boxeo.

—¿Collier? Tal vez le haya visto..., pero no puedo asegurarlo. Tráigalo aquí y podré decírselo.

—Eso va a resultar difícil, a menos de traerlo con un ataúd. Alguien le asesinó, ¿te das cuenta?

—No comprendo nada. ¿Quiere decir que Sweeney está mezclado en el crimen? —Sacudió la cabeza de un lado a otro, añadiendo—: No lo creeré en mil años.

—Yo no dije nada de eso.

—Entonces, ¿qué diablos tiene que ver...?

McGee metió baza de nuevo.

—Estás hablando mucho para no decir nada.

Con movimientos pesados, Lavorsky enderezó el sillón y se dejó caer en él pesadamente.

—Muy bien, no voy a cargar con el paquete. Sweeney se ha esfumado, si es eso lo que quieren saber. Kirkside enarcó las cejas.

—¿Desaparecido? —exclamó.

—Ni más ni menos. Después de su último combate no he sabido nada más de él.

—¿Y cuánto hace de eso?

—Fue la semana pasada... Unos diez días.

—Es curioso, Lavorsky, muy curioso, porque hace sólo dos que alguien le vio en compañía de John Collier, en un bar.

—¿A Sweeney? Lo dudo. Todo el mundo sabe que ha desaparecido.

—¿Por qué desapareció?

—De eso nada, teniente, ni media palabra.

—Ojalá no estés mintiendo, porque en ese caso cuando vuelva a verte lo pasarás muy mal. Vámonos, Duncan.

El cazador titubeó.

—¿No crees que podrías dejarme exprimir un poco más a este

tipejo, Ray?

—Tal como él dijo, también tiene sus derechos.

Kirkside se dirigió a la puerta. McGee le siguió evidentemente disgustado.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Lavorsky suspiró con alivio y empezó a restregarse la cara con un sucio pañuelo. Pequeñas gotas de sudor cubrían su gran calvicie.

Estuvo unos minutos inmóvil, respirando fatigosamente. Luego, con gestos bruscos, sacó un cuaderno de direcciones de un cajón y pasó varias hojas hasta que encontró el nombre que buscaba, escrito junto a un número de teléfono.

El nombre era de alguien llamado Harry Guardino.

Lavorsky atrapó el auricular y empezó a discar el número con su dedo como una salchicha.

CAPÍTULO V

Sweeney era un peso pesado.

En decadencia, pero un peso máximo.

En el cuadrilátero, entre las doce cuerdas, el amasijo de músculos que era su cuerpo todavía impresionaba en cierto modo.

Parecía capaz de enfrentarse con cualquier otro pegador de su misma categoría.

Eso era en el cuadrilátero.

En la oscura calleja por la que se deslizaba como una gran sombra, parecía sólo lo que en realidad era: un hombre acosado, lleno de miedo, tratando de fundirse en la negrura de la noche buscando en ella la protección y la seguridad que nada más en este mundo podía proporcionarle.

Cuando llegó a la esquina se detuvo. Pegado al muro, tendió el oído intentando captar aquellos pasos que le habían delatado la presencia de un siniestro perseguidor.

La lluvia volvió a caer de pronto con intensidad, empapándole más de lo que ya estaba, resbalándole por el machacado rostro y obligándole a parpadear al introducirse en sus ojos.

Los pasos del desconocido habían dejado de oírse, pero de todos modos mal hubiera podido escuchar nada en medio del ruidoso chapoteo de la lluvia azotando la calle.

Se arriesgó a asomar en la esquina. Allí, la calle descendía en suave pendiente y el agua comenzaba a deslizarse reflejando las luces.

No vio a nadie y suspiró. Tal vez no había nadie tras sus pasos. El miedo crea fantasmas a veces y él estaba poseído por el miedo.

Se disponía a dejar el callejón y adentrarse por la calle mejor iluminada cuando algo duro e inequívoco se incrustó en su espalda.

Una voz ominosa gruñó:

—Así estás bien, Sweeney, no muevas ni un dedo.

Se quedó petrificado de terror. Le habían cazado al fin...

Sabía lo que aquello significaba y la desesperación hizo presa en todos sus nervios.

La voz añadió:

—Vas a pasar un mal rato, compañero. Un mal rato muy largo...

Espero que lo tuyo sirva de ejemplo y...

Incapaz de razonar, Sweeney notó que la pistola perdía contacto con su espalda. Giró sobre los pies con la agilidad adquirida en los gimnasios y lanzó su enorme puño hacia donde sonaba la voz.

El golpe fue de profesional. Demoledor. Los huesos de aquella cara crujieron al recibir el tremendo puñetazo. Una cabeza chocó de modo terrible contra la pared.

Sweeney estuvo a punto de gritar de entusiasmo. Sólo que entonces, como si brotara de la cortina de lluvia, otra negra sombra saltó sobre él. Una sombra ágil, silenciosa como la muerte.

Algo que brillaba describió un arco y golpeó ferozmente la garganta del boxeador.

Fue como una llamarada, como una súbita explosión que se produjera en lo más profundo de su cerebro mientras un dolor infrahumano le atenazaba todo el cuerpo.

Cayó viendo su propia sangre diluirse en el agua de lluvia como una roja catarata. Luego, sus ojos se enturbiaron y todo perdió consistencia... el mundo comenzó a desvanecerse... el suelo subía a su encuentro...

Sweeney ya ni siquiera notó el golpe de su cara contra la acera. Estaba muerto antes de caer en ella, con la garganta cortada casi de oreja a oreja.

El asesino se inclinó sobre él, el arma dispuesta a asestar otro golpe. Comprendió que ya no era necesario y volviéndose se ocupó de su compinche derribado.

El agua que caía ayudó a que éste recobrara el conocimiento. Aturdido, se dejó arrastrar hasta quedar apoyado de espaldas a la pared.

El otro gruñó:

—¡Vamos, despierta! No podemos quedarnos aquí.

—¿Qué... qué...?

—Te cazó con un buen golpe. Aún no comprendo cómo fuiste tan idiota.

—¿Dónde está? Le voy a arrancar la piel a tiras.

—Olvidalo. He tenido que matarlo.

—¡Qué!

—No podía hacer otra cosa.

—¡Maldito estúpido! ¿Olvidas que nos ordenaron llevarlo al almacén, vivo?

—Si no le hubiese dado lo suyo él nos habría llevado al hospital a nosotros. No se puede razonar con una montaña de músculos.

—Verás la que nos cae encima. ¡Pero hombre! ¿Es que no puedes controlarte cuando tienes un cuchillo en la mano?

—Tú te dominaste muy bien y llevabas una pistola. Te sirvió de mucho, ¿eh? Por poco no te arrancó la cabeza de un solo golpe.

El aturdido pistolero se levantó apoyándose en el muro. Con infinito cuidado se tanteó el rostro. Notaba la sangre deslizarse por su cara hasta introducirse en la boca.

Escupió furiosamente.

—Creo que tengo rota la nariz —se lamentó con voz sorda.

—Larguémonos de aquí. Ya te lamentarás cuando estemos en lugar seguro.

—Verás cómo se va a poner... ¡Matar a ese tipo!

—¡Oh, cállate de una vez!

Se hundieron en la cortina de agua dejando atrás el sangriento despojo que una vez fuera un boxeador del máximo peso.

En esa noche de tormenta, ya no era nada.

* * *

Kirkside llamó otra vez con el mismo resultado negativo.

McGee dijo entre dientes:

—Apártate. Esa puerta saltará con un simple empujón.

—¡Y un demonio! No puedo hacer eso, Duncan. Sería allanamiento.

—Entonces, ¿cómo vas a entrar?

—No entraremos. El tipo no está aquí. Es evidente que Lavorsky dijo la verdad al decir que había huido.

Probablemente, se escondió. Esos tipos siempre andan metidos

en negocios sucios.

McGee gruñó entre dientes, pero se abstuvo de replicar. Sólo cuando descendían los escalones de la cochambrosa escalera refunfuñó:

—Se me ocurre que no llegarás muy lejos de este modo, Ray.

—Te sorprenderías de los resultados que se obtienen, incluso con las cortapisas de la ley.

—¿Y el tiempo, no cuentas con él?

—Es inevitable, Duncan. La ley es la ley.

—Bueno...

Se detuvieron en la acera. Volvía a llover con fuerza. McGee levantó la mirada hacia la negrura del firmamento cubierto de nubes y por un instante a Kirkside se le antojó una fiera venteando un rastro. El tipo de colosal fortaleza de aquel hombre le sobrecogía cada vez que se detenía a pensar en él y en lo que había sido su vida sumergido en las sombrías selvas africanas...

—¿Adónde te llevo, Duncan? —preguntó, abriendo la portezuela del coche—. He de regresar a mi despacho...

—Tomaré un taxi para volver al hotel, Ray. No te preocupes por mí.

—Puedo llevarte si quieres.

—No quiero seguir robándote tu tiempo. Nos veremos mañana si te parece bien. Y dile a tu esposa que prepare una cena para una de estas noches. Quiero conocerla.

—Se alegrará mucho.

Estuvieron mirándose fijo un instante, soportando la lluvia como si ni siquiera lo advirtieran. Al fin, Kirkside murmuró:

—Lamento de veras que haya sucedido eso precisamente ahora, Duncan...

—Yo también. Buenas noches, Ray. Llámame al hotel cuando tengas tiempo.

—Está bien.

El coche se alejó y sus luces rojas de cola parecieron fundirse en la cortina líquida que se desplomaba pesadamente.

McGee se guareció bajo un portal y fumó un cigarrillo dejando pasar al tiempo. Cuando arrojó la colilla, salió y volvió a subir la escalera hasta el apartamento de Sweeney.

Tanteó la puerta. Gruñó y sin tomar impulso descargó un seco

puntapié en la cerradura.

Sonó un chasquido y la puerta se abrió.

Escuchó por si alguien decidía averiguar qué había sido el golpe, pero nadie dio señales de vida. En esa clase de vecindario, los estruendos y escándalos eran un concierto de todos los días.

De modo que entró y cerró la puerta a sus espaldas. Reinaba un hedor nauseabundo allí dentro, debido a las ventanas cerradas, a la suciedad y al descuido.

Encendió la luz y miró alrededor. El desorden era absoluto.

Empleó escasos minutos en convencerse de que el boxeador no se había llevado equipaje alguno. Había ropas en el armario, dos maletas vacías y los útiles de afeitar en el repelente cuarto de baño.

Cuando volvió atrás descubrió la fotografía de una mujer en un marco, sobre una cómoda. Era una rubia de mirada descarada, provocativa, una de esas caras que uno está acostumbrado a ver en fotografías de las que el correo de Estados Unidos prohíbe su traslado.

La foto contenía una breve dedicatoria firmada por June.

La arrancó del marco y la guardó en el bolsillo.

Fue todo lo que pudo hallar más o menos interesante.

Apagó la luz y esta vez regresó definitivamente al hotel.

Apenas llegó al recepcionista de noche, le señaló el teléfono.

—Están llamándole insistentemente, señor McGee... La policía.

Lo dijo con evidente reproche. El hecho de que un huésped del hotel tuviera tratos con los polizontes era un descrédito sin ninguna duda.

Duncan atrapó el aparato y tras consultar el número llamó a su vez, preguntando por el teniente Kirkside.

La voz de éste sonaba tensa.

—¿Duncan? Estuve llamándote y...

—Acabo de llegar.

—Tardaste mucho, ¿eh?

—No había taxi alguno.

—Sí, bueno... Imagino que encontraremos tus malditas huellas por todo el apartamento de Sweeney...

McGee rió entre dientes.

—¿Te has decidido a buscar huellas en ese estercolero al fin?

—No me queda más solución, ahora. Sweeney ha sido

encontrado muerto en una calleja. Alguien le había rebanado el cuello.

—Ya veo... Pero me sorprende un poco tu interés en comunicármelo con tanta celeridad.

—Pensé que te interesaría saberlo... ¡Oh, al infierno con todo esto! Quise comprobar si volvías al hotel como dijiste. ¿Qué pasó, te saltaste la ley?

—Algo así.

—Ven aquí, Duncan.

—*Okey*, viejo. Pero déjame decirte que había pensado pasar mis primeras noches en Nueva York de un modo mucho más divertido...

Colgó y refunfuñando entre dientes volvió a sumergirse en la lluvia.

CAPÍTULO VI

Por segunda vez, el hedor del formaldehído arañó el olfato de McGee en esa noche sombría.

Contempló el cuerpo inerte del boxeador, sin impresionarse demasiado por el horrible tajo que casi le había separado la cabeza del tronco.

—No parece que le sirviera de mucho esperar —comentó.

Kirkside dijo:

—No cabe duda que le perseguían... El hecho de que lo mataran en plena calle lo demuestra. Estaba siendo acosado y le cazaron, eso es todo. Vamos arriba.

Había un deslucido mostrador al otro lado del cual el encargado de noche tenía un montón de fichas desordenadas. Sin necesidad de que el policía lo pidiera, colocó un grueso sobre de papel manila sobre el mostrador y gruñó:

—Es todo lo que el tipo llevaba en los bolsillos, teniente. Están dándole mucho trabajo últimamente, ¿eh?

—Y usted que lo diga...

Vació el contenido del sobre y aparecieron unas monedas sueltas, treinta y dos dólares en billetes, unas llaves de coche y otras que seguramente debían pertenecer al apartamento; un paquete aplastado de cigarrillos y un pequeño librito de anotaciones telefónicas.

Kirkside apartó todo lo demás y se concentró en el directorio.

—Ése va a ser un trabajo de chinos —refunfuñó—. Buscar e interrogar a toda esa gente.

Cuando lo devolvió al mostrador, McGee lo atrapó de un zarpazo. El teniente discutía con el encargado.

El nombre de June figuraba en una antigua anotación casi

borrada por el tiempo. Había un teléfono y unas señas. Las grabó en su mente y dejó la libreta junto con todo lo demás.

Caía una lluvia menuda ahora, cuando se detuvieron en la acera.

—Esta gente no se detiene ante un asesinato más o menos —rezongó Kirkside, una vez dentro del coche—. Eso hace que me preocupe todavía más por Francine.

—¿Pudiste arreglar la escucha en su teléfono?

—No. Han habido demasiados escándalos de un tiempo a esta parte y ahora no hay manera de obtener una autorización ni siquiera contando con la expresa aquiescencia del dueño del teléfono.

—Entiendo.

—Bueno, ya es hora de que dejemos de andar con rodeos. ¿Qué encontraste en el apartamento de Sweeney?

—Aún no he admitido que...

—¡Oh, vamos! Supe que entrarías allí en cuanto te dejé. Era algo que yo no podía hacer..., pero eso no importa ahora. ¿Qué encontraste?

—Mucha basura... Olía a infiernos. Vi que no se había llevado ningún equipaje. Todo estaba allí, incluyendo un par de desvencijadas maletas.

—¿Algo más?

—Nada en absoluto.

—Duncan...

—Nada —repitió, mirando a través del parabrisas por el que se deslizaba la lluvia.

Kirkside suspiró.

—Me pareció que demostrabas un condenado interés por ese cuaderno de direcciones...

—Simple curiosidad, eso es todo.

El policía arrugó el ceño, gruñó un juramento entre dientes y no insistió. Puso en marcha el auto deslizándolo despacio por el centro de la desierta calle.

—Esta vez —dijo el teniente—, te llevaré personalmente al hotel, viejo. Tengo a mis hombres en casa de Sweeney y debo reunirme con ellos. Espero que no hayas cometido ninguna tontería allí.

—Sólo abrir la puerta sin llave.

—Y dejar tus huellas dactilares por todas partes, supongo.

—Bien, es posible que encuentres algunas, pero afortunadamente no estoy fichado, así que excepto tú nadie lo sabrá.

—Eso suena mal si te detienes a pensarlo.

La iluminada entrada del Sheraton brillaba entre la llovizna cuando el coche se detuvo. McGee saltó a la acera y con una breve despedida, Kirkside reemprendió la marcha a gran velocidad.

Duncan subió a su *suite* dejando libre su mente para que elaborara toda clase de descabelladas ideas respecto al criminal. Sabía que ninguna de ellas le serviría para maldita la cosa, pero era casi un ejercicio mental para familiarizarse con la nebulosa imagen de un hombre al que algún día mataría.

Con esos sombríos pensamientos se acostó y quedó dormido casi al instante.

Cuando despertó brillaba un sol pálido y triste, asomándose a intervalos por entre los girones de las oscuras nubes.

Desayunó en la habitación. Después, echó un vistazo a la fotografía de la mujer rubia llamada June, esbozó un gesto de disgusto y salió.

Un taxi le dejó en las cercanías de la dirección que recordaba perfectamente. Correspondía a un edificio alargado de pequeños apartamentos de alquiler, uno de esos bloques rodeados de un jardín y por lo general alquilados en su mayoría por mujeres, o a lo sumo por parejas que nunca habían pasado por la vicaría.

Situado en Queens, el sol que iba cobrando fuerza arrancaba destellos al agua de la piscina situada en el centro del bloque en forma de herradura.

Una pequeña oficina junto a la entrada parecía cerrar el paso a los intrusos. McGee entró en ella.

Había una mujer haciendo calceta tras una mesa. Levantó los ojos y su mirada chispeó al posarla sobre la hercúlea figura del cazador.

—Hola, ¿qué puedo hacer por usted?

—Busco a una chica.

—¿De veras? Yo soy una chica —rió.

El enseñó los dientes en una leve sonrisa.

—Se llama June. Es rubia.

—Hay infinidad de muchachas alojadas aquí. Secretarias, modelos empleadas de almacenes... Lo que quiera.

—June. ¿También hay muchas con ese nombre?

—La verdad es que no.

A regañadientes, McGee mostró la fotografía.

—¿Qué le parece? —Gruñó.

—Las hay mejores en todos los aspectos. Éste... un tipo como usted podría...

—Olvídelo. Quiero hablar con esta dama.

—¿Dama? —soltó una carcajada—. Eso debe ser algún chiste. Bueno, de todos modos hoy en día los hombres tienen gustos raros... Si lo sabré yo. Apartamento veinticuatro. Está en la galería, al final.

—Gracias.

—Con toda seguridad la encontrará en la cama.

—¿Sola?

Ella se echó a reír.

—Eventualmente, sí.

McGee recorrió el camino hasta la galería del piso alto. Llamó a la puerta y esperó.

Hubo de repetir la llamada un par de veces antes de que se produjera alguna actividad.

Entonces, una voz soñolienta preguntó:

—¿Qué quiere, quién está ahí?

—Me llamo McGee.

—No conozco a nadie con ese nombre.

—Pero conoce a Sweeney.

—¡Maldita sea, Sweeney! ¿Le manda él o qué?

—Más o menos.

—Espere un minuto.

Aguardó hasta que la puerta fue abierta.

La rubia de la foto apareció envuelta en un salto de cama tan vaporoso que era como si no lo llevara.

Abrió la boca, iracunda. Vio al hombre y volvió a cerrarla poco a poco mientras una mirada azorada asomaba a sus ojos, tan calculadores como una máquina de sumar.

—Vaya —rezongó—. Por una vez, esa bestia ha tenido un poco de sentido común. Pase, querido...

McGee entró. El apartamento olía a perfume caro y a mujer, una mezcla maloliente y enervante a un tiempo.

—¿Dijo que se llama McGee?

—Eso dije.

—Bueno, póngase cómodo. Acaba de sacarme de la cama.

—Podrá volver a ella en cuanto hayamos hablado.

—¿Hablado? —Pareció muy sorprendida.

Él sonrió, notando que su humor mejoraba un poco.

—Mire, encanto, dejemos cada cosa en su sitio desde el principio... Todo lo que yo quiero es hablar.

—He conocido tipos con gustos retorcidos, pero hasta ahora no había tropezado con ninguno que sólo quisiera hablar conmigo. Especialmente, recibéndole así.

El deslizó la mirada por los tonos rosados que el salto de cama transparentaba. Realmente, la rabia tenía un tipo soberbio, aunque empezaba a dejar atrás los dorados años de la juventud.

—Quiero hablarle de Sweeney —insistió McGee—. Y que usted me hable de él.

—No comprendo su juego. Pero no quiero hablar de ese mastodonte sin seso. Mejor hablemos de ti —añadió, cambiando de tono.

El sacudió la cabeza.

—Sweeney debe tener amigos, socios o algo así. Tú le dedicaste una fotografía, de modo que por entonces tus relaciones con él debían ser íntimas. Háblame de sus socios, de sus amigos. Por ejemplo, de John Collier.

—Le conocí por medio de Sweeney.

—Otros. Ha de haber otros. ¿Qué tal los que administran a Sweeney en su carrera?

—A ver si nos entendemos. ¿Qué es lo que quieres realmente?

—Saber, cuanto más mejor. ¿Quiénes llevan los asuntos de Sweeney en el boxeo?

—Ahora ya apenas nadie. Está acabado. Lavorsky aun le mantiene en sus nóminas, pero sólo para combates de relleno. El y su socio saben bien el negocio que llevan entre manos.

—¿Quién es el socio de Lavorsky?

—Un tal Guardino. Pero, bueno, ¿adónde quieres ir a parar con tanta pregunta, eres policía o qué? No me sorprendería que

Sweeney se hubiera metido en un lío...

—No soy policía si eso te tranquiliza.

—Estoy muy tranquila. ¿Quieres comprobarlo...?

El suspiró.

—No compliques las cosas, nena. Volvamos al buen sendero.

—Para mí solo hay un sendero, y te aseguro que es realmente bueno...

—Háblame de ese Guardino.

—No sé nada de él, excepto que tiene negocios con Lavorsky. Sweeney hablaba de él algunas veces. En realidad, no creo que haya nadie que sepa mucho de Guardino.

—Un tipo importante, ¿eh?

—Lo es. Y ahora, ¿qué tal si cambiamos de tema?

—¿Cuándo viste a Sweeney últimamente?

June suspiró.

—Y dale con ese bruto... Hace dos o tres semanas, creo. Ya no es como antes. Está acabado.

—Y no gana dinero, comprendo perfectamente. ¿Estaba preocupado?

—Siempre estaba preocupado por una cosa o por otra. Y se acabó, grandullón. Quiero saber qué se esconde detrás de todo esto, y qué voy a ganar yo con seguirte el juego.

—No vas a ganar nada, nena. Pero tal vez te interese saber que a Sweeney le mataron anoche. Alguien le cortó el cuello de oreja a oreja.

Ella dio un respingo que casi la colocó de pie, fuera de la butaca en que se había sentado.

—¿Asesinado? —jadeó.

—Ni más ni menos.

—Pero... ¿por qué? Sweeney era un desgraciado... no le importaba a nadie...

—A alguien debía importarle lo suficiente como para matarle. Yo quiero encontrar al asesino, nena, porque es el mismo que mató a un amigo mío.

—No comprendo... no comprendo nada...

Él iba a soltar otra pregunta cuando unos golpes en la puerta lo impidieron.

June masculló:

—Por lo visto, hoy es mi día. ¿Qué hacemos ahora? No voy a atender a un tipo que venga con «buenas intenciones» estando tú — aquí...

—Ya me voy, pero si recuerdas algo que te parezca fuera de lo corriente con respecto a todo lo que hemos hablado, llámame. Estoy en el Sheraton.

—Lo haría si con eso pudiera ganar algún dinero, querido. Los tiempos son muy difíciles, ya sabes.

—Eso podría arreglarse, si lo que tuvieras que decirme valiera realmente la pena.

—Bueno, tal vez...

Le acompañó a la puerta y la abrió.

Fuera, esperaban dos hombres. McGee les dirigió una mirada distraída mientras se despedía de la muchacha. Uno era alto y delgado, con una cara de mejillas hundidas, como si estuviera enfermo.

El otro era más grueso, llevaba el cabello cortado a cepillo y tenía unos ojillos diminutos y brillantes que le examinaron como si quisiera asegurarse de que le recordaría en caso de necesidad.

Mientras se alejaba oyó a la muchacha preguntarles:

—¿Nos conocemos por casualidad? Les advierto que no me gusta recibir de dos en dos...

Dejó de oír la voz. Cuando terminaba de bajar las escaleras escuchó el golpe de la puerta al cerrarse.

Se dijo que por lo menos tenía algo nuevo en qué pensar.

Guardino.

CAPÍTULO VII

Acabó de cenar y fue al teléfono, pero tampoco esta vez pudo localizar a Kirkside.

Fastidiado, lo dejó correr y abandonó el restaurante. Cuando pudo cazar un taxi dio las señas de Francine y se recostó en el asiento.

Había sido un día monótono, aburrido. Todos sus esfuerzos por averiguar algo concreto respecto al tal Guardino se estrellaron contra un muro de silencio.

Luego, intentó sorprender a Lavorsky, pero también por ese lado sus esfuerzos se estrellaron. Lavorsky no estaba en su oficina del gimnasio y nadie supo darle razón de su paradero.

Le abrió la puerta del apartamento un hombre joven, alto y de aspecto rudo.

—Mi nombre es McGee. El teniente quizá le ha hablado de mí...

—Ciertamente. Yo soy Evans, detective del grupo del teniente Kirkside.

Se apartó para dejarle paso.

Francine estaba hundida en una butaca con aspecto abatido. Pareció muy sorprendida al verle.

—Pensé que sería Ray —murmuró—. Siéntese... Se llama McGee, ¿no es cierto?

—Así es. Pero no es necesario tanto protocolo. Aunque ausente durante años, yo también formaba parte de la pandilla de Ray y los demás. ¿Cómo te sientes, Francine?

—Estoy deshecha...

—¿Ha vuelto a llamar el fulano de las amenazas?

—No, afortunadamente.

El detective pasó junto a ellos y gruñó:

—Voy a preparar café, si no le importa, señorita.

—Se lo agradezco.

Tras un silencio, él le soltó de sopetón:

—¿Te habló Johnny de alguien llamado Guardino?

—¿Guardino? No, él nunca me habló de ese hampón.

—Pero le conoces, por lo visto.

—He oído hablar de él... Es un rufián bien situado. De todos modos, no me sorprendería que Johnny hubiese tenido tratos con semejante pillo. En su círculo había gentes de las más sorprendentes profesiones.

Evans asomó la cabeza por la puerta de la cocina y dijo:

El café estará listo en un minuto. Oigan, he oído el nombre de Guardino. ¿Qué tiene él que ver con todo lo que está pasando?

—Aún no lo sé, ni he podido hablar con Kirkside al respecto. ¿Es que usted sabe quién es Guardino?

—Sé algo más que eso... Hablaremos cuando traiga el café.

Tras un tenso silencio, Francine murmuró:

—Johnny hablaba a menudo de tus aventuras en Africa... El... te admiraba. Eras como una especie de espejo en el que le gustaba mirarse. Estoy segura que le hubiera gustado ser como tú en lugar de...

Se interrumpió y él dijo:

—Mucha gente ha pasado años soñando con aventuras en Africa, pero te aseguro que aquello no es ni remotamente lo que han pintado las películas de Hollywood. Especialmente en estos últimos años.

—¿Cómo son las selvas, McGee?

—Maravillosas. Un hermoso infierno verde, atrayente, sugestivo como el abrazo de una mujer. Algún día cambiarán, pero antes que eso suceda yo habré vuelto a ellas.

Su voz se había reducido. Era como un murmullo suave, turbado por el recuerdo.

La muchacha le miró con curiosidad, intentando comprender qué se ocultaba detrás de la impresionante apariencia del aventurero. Se desprendía de él como un influjo magnético, una poderosa sensación de fuerza y poder; de seguridad absoluta en sí mismo, como si no hubiera en este mundo nada capaz de vencerle, ni siquiera de inquietarle.

El detective regresó con una bandeja y tres tazas. El grato aroma del café negro y fuerte inundó la estancia mientras servía la infusión.

Con las tazas en la mano, Evans quiso saber:

—¿Qué le hizo mencionar a Guardino, McGee?

—Nada concreto, sólo que tengo la corazonada de que, de algún modo, está relacionado con la muerte de Johnny Collier. ¿Quién es ese hombre, concretamente?

—Uno de los mayores y más importantes hampones independientes. Aunque se sospecha que tiene alguna conexión con la Mafia. Pero él trabaja por su cuenta, con su propia pandilla. Sabemos que controla uno de los más extensos racketts de apuestas. Está bien relacionado, tiene apoyos y carece del menor escrúpulo.

—Ya veo.

—Puede usted jurar que sí, está mezclado de algún modo en la muerte de ese amigo suyo, jamás podrán probárselo. Ha estado procesado infinidad de veces sin que nunca le hayan podido probar nada. Tiene buenos picapleitos que velan por él, ¿sabe?

—Si realmente es Guardino quien está detrás de los hombres que mataron a Collier, puede estar usted seguro de que la falta de pruebas no le salvará esta vez.

Evans le miró, sorprendido. Notó una sensación extraña al oír el tono bajo, letal, de aquella voz.

Apuró su café y recogiendo el servicio se fue a la cocina.

Francine susurró:

—¿Qué te propones, McGee?

—Cazar al criminal, si la policía fracasa. He cazado piezas mayores en las selvas... y mucho más astutas y peligrosas que las de dos patas que andan por esta otra selva de cemento acero y cristal.

—Pero ni siquiera el hombre que mató a Johnny es una bestia salvaje... no puedes matarle por tu propia mano...

—Muchacha, eso es algo que no debe preocuparte. No creo que haya nada en la actualidad que yo no pueda hacer.

Encendió un cigarrillo y durante unos instantes ninguno de los dos habló.

Finalmente, Francine dijo, sorprendiéndose de que su voz sonara tan débil:

—Háblame de Africa, McGee.

—No me siento inspirado en estos momentos para hablar de ella. Todo lo que puedo decirte es que amo Africa a pesar de su miseria, de sus sangrientas convulsiones; a pesar de haber sido explotada salvajemente por el hombre blanco. La amo y algún día volveré. Y no me llames McGee —añadió cambiando bruscamente de tema—. Mi nombre es Duncan. Formo parte de tu grupo, ¿recuerdas?

—No es exactamente mi grupo en realidad —sonrió la muchacha, mirándole fijamente—. Pero quiero a todos los que lo forman.

—Entonces me quieres un poco también a mí.

El teléfono, sonó de pronto, cortando la respuesta de la muchacha.

McGee la vio ponerse rígida y palidecer.

—¿Crees que... que será ese hombre? —susurró.

Evans apareció rápidamente.

El cazador gruñó:

—Eso no lo sabrás hasta que respondas. Serénate. Aunque sea ese engendro no debes temer nada. Únicamente, mantén el auricular un poco separado para que yo pueda escuchar también.

El timbre continuaba sonando, insistente.

La muchacha lo descolgó. Hizo un terrible esfuerzo para que su voz sonara normal al preguntar:

—¿Quién... quién es?

McGee se colocó a su lado, pegado a ella. Acercó la cara a la de Francine y oyó claramente una voz bronca a través del auricular:

—Si supiera quién soy tendría que matarla. ¿Ha pensado en lo que le pregunté la otra vez?

Ella se estremeció. De modo instintivo, McGee le rodeó la cintura con su poderoso brazo y presionó para darle valor.

—Sí —dijo la voz joven—. Pero no sé nada. ¡Le juro que no sé nada de ningún dinero!

—Me gustaría estar seguro. Ustedes iban a casarse antes de romper. El confiaba en usted de modo que es lógico que le hablase de sus ganancias.

—¡Pero no lo hizo! ¿Es que no quiere creerme? ¡No me dijo nada de sus negocios!

—Se me ocurre que quizá le confió algo más que palabras. El dinero.

—¡No, escuche...!

—Tal vez usted piensa que podrá quedarse con él, con todo ese dinero. Si es así piénselo dos veces, porque ni siquiera esa fortuna vale su vida. Y le aseguro que no disfrutará de ella porque la mataré del mismo modo que a él.

—¡No me dio ningún dinero! —chilló Francine, perdiendo la serenidad por instantes.

—¿Ni le confió dónde lo había escondido?

—¡No, no!

—Quisiera creerla, porque sería una lástima tener que matar a una persona tan hermosa... pero lo haré si no quiere obedecerme.

—¡No puedo! ¿Cómo he de hacer para que me crea? ¡No sé nada, no me confió nada...!

—Tengo medios para averiguarlo. Y si me ha mentado... ya sabe. Sonó un chasquido y la comunicación se cortó.

Poco a poco, ella devolvió el auricular al soporte.

A través de la mano con que seguía sosteniéndola, McGee notaba el violento temblor de su cuerpo.

El detective gruñó:

—Lástima no disponer de una intervención en ese teléfono...

—No creo que eso sirviera de mucho. El tipo debe hablar desde una cabina pública —dijo McGee.

—¿Qué ha dicho, la ha amenazado otra vez?

—Naturalmente. Sabe lo que se lleva entre manos. Y lo seguirá haciendo otras veces para desmoralizarla.

Piensa que si ella sabe dónde está ese dinero que busca acabará cediendo cuando esté lo bastante asustada.

Sin soltarla, McGee llevó a Francine hasta la butaca y él volvió a sentarse frente a ella.

La muchacha murmuró:

—¿Qué piensas de esa voz, Duncan?

—Distorsionada con algún truco. Y eso hace que me pregunte por qué, si se trata de un desconocido...

Evans opinó:

—Tal vez se previene por si llega a conocerle. Puede intentar acercarse a ella con cualquier pretexto, y si reconociera su voz podría ponerse en guardia contra él...

—Pudiera ser.

McGee la miró afectuosamente.

—Debo irme —dijo—. Vendré de vez en cuando para ver cómo van las cosas por aquí si no te importa.

—Al contrario, te lo agradezco mucho, Duncan.

Éste se encaró con el detective.

—¿Cuándo le relevarán a usted, Evans?

—Cualquiera sabe. Andamos desesperados de personal y el teniente me pidió esto casi como un favor. Pero no importa. Es un servicio agradable, ¿sabe? Además, tomo todo el café que me apetece sin que me cueste un níquel.

—De todos modos, trataré de volver esta noche y podrá acostarse un rato —decidió McGee con una voz que no admitía réplica—. Y tú no pienses demasiado en ese fulano del teléfono. Jamás podrá acercarse lo bastante a ti, como para hacerte el menor daño.

Le dio unas palmadas de ánimo en las manos y se fue.

Sorprendida, Francine pensó en cuán vacío parecía el apartamento después de su marcha...

CAPÍTULO VIII

Kirkside estaba sentado detrás de su mesa cuando McGee irrumpió en el despacho del policía.

—Tienes mala cara, Ray. ¿Dónde infiernos estuviste metido?

—Ya me dijeron que llamaste. ¿Cómo se encuentra Fran?

—Hecha un revoltijo de nervios. El asesino la llamó otra vez estando yo allí. Cuando pueda ponerle la mano encima no volverá a hablar por teléfono.

—¿Es eso lo que piensas, ponerle las manos encima?

McGee sonrió. Dejándose caer sobre una silla dijo:

—Estoy hablando en sentido figurado, ya sabes.

—Ojalá fuera cierto. Empiezo a preocuparme.

—Un tal Guardino es socio de Lavorsky, Ray —le espetó abruptamente.

—Harry Guardino.

—Lo descubrí hoy. Por eso quería hablarte. Sería una gran cosa interrogar a ese tipo también.

Kirkside sonrió cansadamente.

—Por lo menos, viejo, no nos creas tan ineptos. Tengo a toda mi gente detrás de las huellas de ese bastardo.

McGee se echó atrás en la silla y esbozó una sonrisa.

—No soy tan listo como imaginaba —reconoció—. ¿Qué has averiguado sobre él?

—Sabía mucho ya antes de dar orden de que lo traigan aquí. Controla los mayores centros de apuestas de la ciudad y en ese podrido mundo en que se mueve es una especie de rey. Vas a conocerlo en cuanto lo traigan.

McGee encendió un cigarrillo y durante unos instantes ninguno de los dos habló.

Después, Kirkside dijo:

—Ahora dime cómo llegaste hasta Guardino. Debes haberte movido mucho antes de conseguir ese nombre.

—Tuve suerte. Encontré a la amante de Sweeney. Fue ella la que mencionó a ese tipo.

—Debí imaginarlo en cuanto vi el marco vacío en la cueva de Sweeney... tú quitaste la fotografía, ¿eh?

—Lo confieso.

—Estás arriesgándote mucho, Duncan. Demasiado.

—Bueno, fue una de esas cosas, ya sabes... De todos modos es una dama edificante. Te gustará conocerla.

Sacó la fotografía del bolsillo y la dejó ante Kirkside, añadiendo:

—Cuando vayas a interrogarle hará todos los posibles para llevarte a la cama. Es una entusiasta de su oficio. Vocacional, diría yo —terminó, sonriendo.

El policía echó un vistazo a la fotografía de la rubia.

Luego, dio un brinco y la atrapó de un zarpazo.

—¡Maldita sea tu stampa, Duncan! —rugió.

—¿Qué pasa ahora?

El teniente le miraba como si no le viera.

—Puedes estar orgulloso de ti mismo, superhombre —masculló con voz colérica—. Conque ésta es la mujer a la que estuviste viendo...

—Ni más ni menos.

—¿Te llevó a ti a la cama?

—No digas tonterías.

—Entonces desperdiciaste sus atenciones profesionales... y póstumas.

McGee se levantó poco a poco, con un extraño frío culebreándole por el espinazo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¡Que está muerta, maldita sea mi stampa! La asesinaron también.

—¡Condenación! Los dos tipos que llegaron cuando yo me iba...

—¿Te das cuenta de que si en lugar de meter las narices donde no debías, hubieses dejado que hiciésemos nuestro trabajo sin interferencias posiblemente esa mujer aún viviría?

—»No quisiera pensar eso, Ray. No es agradable precisamente.

—¡Claro que no! ¿Y qué dijiste de dos hombres?

—Llegaron cuando yo me despedía de ella... los recuerdo perfectamente.

—A ver, descríbelos.

Lo hizo tal como los recordaba. Kirkside se levantó y dijo:

—Ven conmigo. Vas a revisar nuestra galería de celebridades... En la especialidad de cuchillo debe figurar uno de ellos por lo menos.

—¿Fue con un cuchillo...?

—Sí, pero se tomaron su tiempo.

—Eso hace que se abran nuevas posibilidades en este asunto...

—Eso hace que tengamos otro cadáver entre manos —escarneció el policía de mal talante.

Recorrieron un dédalo de pasillos hasta desembocar en una reducida estancia de paredes desnudas. Había allí una mesa y dos sillas, y una lámpara que pendía del techo. Eso era todo.

—Espera aquí, y almacena paciencia. Vas a necesitarla para revisar todo lo que voy a ponerle delante.

Duncan acercó una silla a la mesa y el teniente le dejó solo.

Cuando regresó llegaba cargado con dos enormes volúmenes que dejó ante él.

—Cuándo termines éstos hay muchos otros esperando. Cuando acabes, o si encuentras a alguno de los dos hombres que viste, aprieta este botón. Y que te diviertas.

Se largó bufando.

McGee se despojó de la americana, abrió el primero de los volúmenes y empezó la monótona tarea.

* * *

—Éste es uno —afirmó, señalándolo.

Kirkside se inclinó sobre su hombro mirando la fotografía del individuo con aspecto enfermizo.

Habían transcurrido casi cuatro horas desde que el cazador iniciara la búsqueda en los volúmenes.

—¿Estás seguro?

—Sin ninguna duda.

El policía retiró aquella foto y se enderezó.

—Sigue, necesitamos Identificar al otro también.

—No tienes piedad de mí, ¿eh? Tratas de hacerme pagar mi intromisión...

—Encuétralo y habrás terminado. Con los volúmenes y con el caso —puntualizó, añadiendo—: Ya no quiero más interferencias por tu parte.

—Está bien.

Volvió a quedar solo.

Una hora después pulsó el timbre. Kirkside acudió apresuradamente.

El cazador le mostró otra fotografía.

—El otro —gruñó.

—Hutchison... Le conozco, aunque nunca imaginé que se metiera en delitos de sangre.

—¿Cómo se llama el otro?

—Sabatier. Es una especie de tarado mental. Ya están buscándole.

—¿Trajeron a Guardino?

—Éste es otro... No han podido localizarle —en ninguna parte. Parece como si se lo hubiera tragado la tierra.

McGee soltó un juramento entre dientes.

—Lavorsky —dijo—. Él debe saber su paradero. Se trata de su socio después de todo.

—Ya lo hemos intentado. No sabe nada.

—A mí no me convencería tan fácilmente —refunfuñó McGee.

—Yo sé cuándo un hombre miente, viejo. Concédeme un poco de crédito en mi trabajo. Y ahora, lárgate al hotel y no vuelvas a enredar en este asunto. ¿Entendido?

—Siento que... Bueno, a pesar de todo, me pareció una buena chica.

Se fue notando una profunda amargura por ese último crimen.

Y también una gran cólera hacia los asesinos...

Hutchison y Sabatier.

Sería una gran cosa echarles el guante.

CAPÍTULO IX

Llamó suavemente con los nudillos. Cuando la puerta se abrió, el detective asomó un ojo por la rendija. Tenía la mano hundida en un bolsillo muy abultado.

—Oh, es usted —susurró—. Entre.

Sacó la mano del bolsillo y cerró la puerta sin mido.

—¿Cómo está la muchacha?

—Se acostó al fin y ahora duerme. Estaba terriblemente nerviosa.

—Tiene razones para estarlo. Bueno, puede acostarse usted un poco si lo desea. Yo velaré entretanto.

—El teniente me arrancaría la cabeza si...

—Olvídelo. Está muy ocupado.

—Bueno, tal vez... ¿Está usted armado?

—No. Pero de todos modos no tema, nadie podrá llegar cerca de Francine sin recibir duro. ¿Hay alguna otra entrada en el apartamento?

—No. La escalera de incendios está en la ventana del pasillo.

—Eso hace que todo sea más fácil. Busque una cama y acuéstese. Bostezando, el detective le dejó solo en la salita.

McGee se acomodó en el diván. Había unas revistas sobre la mesa y se entretuvo hojeándolas, mientras su cerebro trabaja metódicamente.

De pronto oyó un leve roce a su espalda y se levantó de un brinco, girando como un rayo.

Francine se detuvo, asustada. La actitud salvaje de él, un poco encorvado hacia adelante, sus grandes manos convertidas en dos garras prontas a descargar el golpe, y sobre todo la implacable mirada de aquellos ojos helados la sobrecogieron.

—¡Duncan...! —jadeó.

La muchacha llevaba una bata casera que envolvía su cuerpo hasta los pies. Pero ni siquiera así lograba disimular las rotundas formas de su maravilloso cuerpo.

—¿Dónde está Evans?

—Se acostó cuando yo llegué. ¿Por qué te has levantado? Necesitas descansar tú también.

—Desperté y ya no pude volver a conciliar el sueño. Tengo los nervios rotos... ¿Viste a Ray?

—Sí.

—¿Ha hecho algún progreso?

—Creo que sí. Trabaja sin descanso.

—El apreciaba mucho a Johnny. Era... irresponsable, pero todos le querían. No creo que haya nadie con tantos amigos como él tuvo.

—También supo crearse enemigos implacables, Fran.

—Sí, eso es cierto.

—¿Has pensado en ese tipo del teléfono?

—¿Pensar en él? ¡Dios! No puedo olvidarlo ni un segundo. Si no estuviera aquí ese detective, o tú ahora, creo que me volvería loca de terror.

—Ese individuo se siente seguro, endiosado. Todos los asesinos suelen pasar por esta fase antes de que les echen el guante. Quiero decir que al hablar puede que cometa algún error, algo que pueda llevarte a pensar en él no como un desconocido, sino como un hombre determinado. No lo olvides cuando vuelva a llamarte.

—¿Crees que me llamará otra vez?

—Estoy seguro.

—Ojalá lo haga cuando tú estés aquí.

—Desde aquí no puedo hacer nada contra él.

—Pero siento una gran seguridad a tu lado, Duncan —contestó la muchacha espontáneamente.

Él sonrió.

—Me alegro de ello. Será un buen pretexto para verte a menudo.

—¿Lo deseas realmente?

—Sí.

—¿Deseas verme a mí, o sólo soy un camino hacia ese hombre? ¿No pretenderás capturarlo por mediación de sus llamadas telefónicas...?

—Fran, eres increíble. ¿No acostumbras a mirarte al espejo? Deberías saber que cualquier hombre se sentiría feliz a tu lado, mucho más uno que ha pasado años sin apenas ver una mujer blanca, y, desde luego, ninguna parecida a ti siquiera.

—¿No hay blancos en Africa?

—Cada vez menos, sobre todo menos mujeres blancas.

—¿Sabes una cosa?

—La sabré si hablas.

—Uno de los descabellados proyectos de Johnny era visitar Africa, y visitarte a ti, en nuestro viaje de luna de miel.

—¿Por qué era un proyecto descabellado?

—Porque nunca tenía dinero. ¿Cómo hubiera podido costear semejante viaje? Pero le gustaba soñar despierto.

—¿Fue por eso que rompiste con él?

—En realidad, atesoré tantos motivos que hubiese podido romper mucho antes con sólo dejarme guiar por el sentido común.

—No obstante sólo lo hiciste dos días antes de... de su muerte.

De pronto calló. Su mente giraba como un torbellino.

La muchacha siguió hablando, pero durante unos instantes no captó una sola de sus palabras.

Al fin ella se dio cuenta de su extraña y tensa actitud y calló, esperando quizá una explicación, pero no la hubo en absoluto.

A partir de aquel momento, ella trató de reanudar la conversación, pero algo parecía haber sucedido que lo cambiaba todo. McGee parecía distraído, o sumido en extrañas meditaciones. Respondía con brevedad a las preguntas, o utilizaba monosílabos.

Al fin, se dio por vencida y calló. Recostándose contra el respaldo del diván, cerró los ojos y ella también se dedicó a pensar.

Cuando Evans, intranquilo, reapareció restregándose los ojos, vio que la muchacha se había quedado dormida en el ángulo del diván.

McGee le hizo señas de que no la despertara, se despidió con un murmullo y abandonó el apartamento.

* * *

Casi amanecía cuando McGee salió de las oficinas de una de esas agencias de investigación que no cierran jamás, ni de día ni de

noche.

Primero se había impresionado por la colosal eficiencia mecanizada que descubrió en aquel lugar. Después, cuando habló con el jefe de servicios, se convenció de que era lo que necesitaba, y al fin, adquirió la certidumbre de que la cosa iba a costarle muy cara...

Pero valdría la pena.

Si les acompañaba la suerte.

Se encaminó al hotel y una vez allí se acostó, sintiéndose cansado por primera vez desde que llegara a Nueva York.

Se le antojó que llevaba sólo unos minutos dormido cuando el teléfono le despertó sobresaltado.

La voz de Kirkside le despabiló de golpe.

—¿A quién han matado esta vez? —Gruñó, ahogando un bostezo.

—A nadie que yo sepa.

—Entonces, ¿para qué demonios me sacas de la cama a estas horas?

—Ya sé que te acostaste tarde. Estuviste en casa de Fran y te fuiste casi a las cinco de la madrugada.

—Ni —más ni menos.

—Al salir a la calle, ¿viste algo sospechoso, algún tipo merodeando por las cercanías?

Se puso rígido de pronto.

—No —dijo—. Si hubiese descubierto a cualquiera husmeando las cercanías de la casa a estas horas lo tendrías en el hospital. ¿Qué ha sucedido?

—El asesino llamó a Fran una vez más. Ya sabes; amenazas, preguntas y todo eso. Pero dijo algo más en esta ocasión.

—¿Qué fue?

—Que la protección policíaca de que disfrutaba no iba a servirle de nada cuando él decidiera ajustarle las cuentas si le había mentido.

—Ya entiendo.

—El fulano sabe que hemos puesto escolta a la chica. Lo cual equivale a decir que le vigila de cerca, de lo contrario no podría saberlo de ningún modo.

—Claro... Pero no vi nada que fuera más o menos sospechoso

cuando abandoné la casa de Francine. Ojalá lo hubiese visto...

—Comprendo lo que sientes.

—¿No has localizado a Guardino todavía?

—Aún no. Estamos rastreando toda la ciudad.

—Eso le convierte en sospechoso número uno, ¿eh?

—Poco más o menos. Ya te llamaré cuando sepa algo al respecto.

Colgaron y McGee se metió bajo la ducha para despejarse.

Cuando salió lo hizo con un propósito muy definido.

Un propósito que alguien iba a lamentar.

CAPÍTULO X

Encontró al gordo Lavorsky en su oficina. Estaba sudando y no pareció alegrarse precisamente cuando te reconoció.

—¿Qué condenada cosa quiere ahora? —barbotó el dueño del gimnasio—. No hace ni media hora que los polizontes me dejaron en paz, después de atosigarme a preguntas...

—De modo que estuvieron aquí.

—Acabo de decírselo.

—¿Y dónde estuvo usted todo este tiempo que no fue posible echarle la vista encima?

—Negocios privados. Uno tiene derecho a divertirse un poco de vez en cuando...

—Sí, claro. Sólo que sería muy malo para usted que hubiera estado divirtiéndose en compañía de Guardino.

El gordo hizo una mueca.

—No empiece usted también. No soy la niñera de Guardino. Ya les dije a los polizontes que no tengo ni una maldita idea de su paradero.

—Los policías quizá no emplearon el método adecuado con usted.

Lavorsky le observó inquieto. Algo de lo que vio en el duro rostro del cazador hizo que todo su grueso cuerpo se estremeciera.

Se apoyó en la mesa cruzando los brazos. Disimuladamente, pulsó un botón oculto y luego volvió a echarse atrás.

—No sé quién es usted ni qué representa en este asunto —dijo, recobrando su confianza—, pero sea lo que sea, maldito si me importa. No tiene derecho a irrumpir aquí y...

—Yo le diré cuáles son mis derechos si llega el caso. De momento, quien va a hablar es usted. Quiero encontrar a Guardino

y tengo la corazonada de que usted sabe dónde se oculta.

—¡No tengo la menor idea!

—Un negocio como el que él controla, las apuestas, no puede dejarse en manos de subordinados. Así que no puede haber ido muy lejos, y siendo usted su socio en los negocios boxísticos forzosamente ha de saber cómo comunicarse con él.

—¡Váyase al infierno, hombre! Le repito que lo ignoro todo sobre Guardino... No sé dónde está ni me importa.

McGee comenzó a rodear la mesa.

—Eso va a ser muy malo para usted, Lavorsky.

Éste empezó a levantarse.

En ese momento se abrió la puerta y entraron dos hombres.

Los dos eran semejantes en cuanto a corpulencia y aspecto. Dos pesos máximos, con sus rostros machacados, deformes, sus enormes puños y amplios hombros.

—¿Qué pasa, patrón? —Gruñó uno de ellos.

Lavorsky suspiró.

—Echen a este tipo fuera de aquí. No necesitan tratarle con guante blanco.

Ambos se pusieron en marcha.

McGee comentó:

—Eso acaba de estropearlo todo...

Los dos púgiles se detuvieron a un paso de McGee.

—¿Quiere salir por su pie, míster, o en volandas? —rió uno de ellos, mostrándole un puño como un jamón.

—Muy amables al dejarme elegir...

El cazador se movió perezosamente, como disponiéndose a dirigirse a la puerta.

Sólo que entonces pareció estallar el infierno.

Volteó el brazo, y el ángulo de su codo se incrustó en la cara del más cercano. El púgil pareció emprender el vuelo y su grito rebotó contra las paredes.

El otro lanzó la derecha.

McGee esquivó con una increíble facilidad. A su vez, tiró un zurdazo que llevaba dinamita.

El golpe cazó al boxeador en el cuello y el hombre retrocedió, boqueando, en el instante en que el primero avanzaba rugiendo y sacudiendo la cabeza.

McGee no le esperó. Saltó sobre él con la agilidad de un puma y con una contorsión inverosímil conectó sus pies en la ya castigada cara.

Fue un golpe terrible. Los huesos crujieron bajo el tremendo impacto, hubo un estallido de sangre y el enorme individuo se derrumbó, quejándose.

El otro había conseguido introducir aire a sus pulmones. Ahora estaba rabioso por aquel golpe recibido y se lanzó al ataque empleando toda su ciencia boxística.

No debía ser mucha cuando un gancho de su adversario le cazó en medio de su bailoteo, parándole en seco, casi elevándole del suelo.

Luego, fue la punta de un zapato la que se hundió en su estómago como una bala de cañón. Creyó que le atravesaba y dolores de agonía le dejaron jadeando, con una sorprendente flojedad en las piernas.

McGee aprovechó su desconcierto para lanzarle otro golpe con toda su salvaje potencia.

Éste fue definitivo. El peso máximo se hundió y si hubiese habido un juez de la pelea habría tenido tiempo de contar hasta cien antes de que empezara a moverse otra vez.

El cazador se acercó al que tenía la cara rota, cubierta de sangre. Le contempló con ojo crítico y gruñó:

—Vas a tardar mucho tiempo en volver a pelear. ¿Quieres salir de aquí por tu pie o tendré que arrojarte escaleras abajo?

Sin replicar, el tipo se arrastró hacia la puerta.

McGee agarró al otro por el cuello y lo tiró a través de la puerta. Luego, cerró ésta con el pestillo y regresó junto a la mesa.

—De modo que quiso jugarme una mala pasada, Lavorsky...

—¡Váyase de aquí! Estoy harto de todo este asunto.

—No lo está tanto como yo. Y ahora hableme de Guardino. Ya me cansé de dar rodeos.

—¡Maldito sea! Le repito que no...

La zarpa de McGee se disparó, atrapándole por la pechera de la camisa. Tiró brutalmente y el hombre quedó casi tendido sobre la mesa.

—¡Recapacite, Lavorsky! Yo también soy un peso máximo, y del modo que sea quiero ganar este combate.

—¡Suélteme!

Le sacudió de arriba abajo. La cara del gordo se estrelló con un golpe fofu contra la superficie de la mesa.

—Guardino, ¿recuerda? —insistió McGee.

Le sacudió otra vez, y otra.

A cada golpe contra la madera, el rostro del gordo se descomponía. Le brotaba sangre de la nariz y los papeles que había esparcidos comenzaron a teñirse de rojo.

Chillaba como una rata, pero pronto se convenció de que sus gritos no iban a servirle de nada.

De modo que cuando ya sus piernas apenas podían sostenerle y todo su rostro era un mapamundi informe y sangriento, gimoteó:

—¡Ya basta... se lo diré!

McGee le soltó con un empujón que le dejó sentado en el suelo.

Desde allí dijo en un susurro:

—Está en Queens... tiene un ático allí. Nadie lo sabe...

—Ajá.

Le dio las señas y empezó a levantarse.

McGee volvió a sujetarle por la camisa, zarandeándole de mala manera.

—Si le llamas para advertirle, vale más que vayas encargándote la mortaja, Lavorsky, porque volveré y te haré pedacitos. ¿Está claro? Yo no necesito contenerme como los policías...

—¡Está bien, está bien, pero suélteme...!

Duncan giró sobre los talones y salió.

Abajo, las caras de los que estaban entrenándose se volvieron hacia él con miradas de estupor.

En el suelo había el rastro de sangre que sus colegas dejaran apenas unos minutos antes.

Nadie intentó cerrarle el paso.

McGee casi lo lamentó. Estaba tan furioso que necesitaba un poco de acción...

CAPÍTULO XI

Harry Guardino era un individuo escurridizo, de mirada fría y ademanes impulsivos.

Apenas vio la credencial del teniente se echó atrás y suspiró:

—Debí pensar que no saldría bien. Pasen.

—Va a tener que acompañarnos a jefatura, Guardino.

—¿Bajo qué acusación?

—De momento, sólo para un interrogatorio.

—Entonces, voy a llamar a mi abogado. Sé cuáles son mis derechos.

McGee dio un paso adelante, cortándole el camino hacia el teléfono.

—No lo haga, Guardino. Yo no soy policía.

—¿Y qué con eso? ¡Apártese de ahí!

Intentó sortear la formidable anatomía del cazador. Una mano semejante a una garra le atrapó por el codo, casi levantándolo en vilo.

Con el mismo movimiento le arrojó sobre una butaca y allí se quedó maldiciendo y amenazando.

Kirkside dijo:

—Nos cansamos de buscarle. Este juego al escondite nos puso furiosos, Guardino, así que mejor será que no me exaspere más.

—Pero ¿qué quieren de mí?

—Lo sabe perfectamente, de lo contrario, ¿por qué se escondió?

—Pudiera ser que me gustase la soledad.

—Muy bien. Levántese.

Kirkside sacó las esposas, abriéndolas con un chasquido.

—¡Eh! —protestó el rufián—. ¡No irá a ponerme esas cosas!

—Ya lo creo que sí.

—¡No tiene derecho a eso! Usted mismo ha dicho que no me acusaba... que sólo quería interrogarme.

—He cambiado de parecer. Me propongo acusarle de tres asesinatos, aunque sólo puedan juzgarle por uno. Y saldrá de aquí esposado y así le fotografiarán los chicos de la Prensa. ¡Junte las manos, Guardino!

Éste retrocedió instintivamente.

—¡Aparte eso! —jadeó.

—De usted depende.

—Muy bien... Pregunten y después váyanse al infierno.

—La muerte de Collier, Guardino. ¿Qué hay de eso?

—Me hizo polvo el hecho de que le mataran.

—Recuerde que ése es uno de los crímenes por los que puedo acusarle.

—¡Maldita sea, no fui yo quien le mató!

—¿Por qué dice que le perjudicó su muerte?

Guardino retrocedió hasta encontrar uno de sus enormes butacones, en el que se hundió pesadamente.

—Muy bien, se lo diré —murmuró, abatido—. Yo quería encontrar a Collier. Y lo necesitaba vivo. Puse a varios tipos tras sus huellas.

—¿Hizo lo mismo con Sweeney, también lo quería vivo?

—Claro.

—Ahora díganos ¿por qué?

—Fue uno de esos chanchullos que se organizan de vez en cuando, ya saben... una pelea amañada, pero creando el ambiente adecuado para que la gente apueste fuerte.

—Ya veo —gruñó Kirkside—. Siga.

—Sweeney debía caer por más de la cuenta en el quinto asalto. En lugar de eso, noqueó a Robinson en el tercero.

—O sea, que desobedeció las órdenes que le habían dado, ganando un combate que debía perder.

—Así fue.

—¿Cuánto perdió usted?

—Cincuenta grandes.

—¿Y a cómo se pagaron las apuestas?

Guardino suspiró. Pequeñas gotas de sudor se deslizaban por sus bien rasuradas mejillas.

—Quince a uno —dijo apenas sin voz.

Kirkside silbó entre dientes, estupefacto.

—Entonces, quien acertara esa apuesta se embolsaría una montaña de dinero...

—Collier —dijo solamente.

McGee intervino por primera vez:

—¿Cuánto se embolsó él?

—Ciento cincuenta mil dólares.

—¿Está seguro?

—Absolutamente.

—Es un buen pellizco, incluso contando con que debería darle una parte a Sweeney —comentó Kirkside, pensativo.

—Ray, este tipo nos ha estado dando razones más que suficientes para que le encierres.

—Lo sé, pero quiero oírle un poco más. Siga, Guardino.

—¿Qué más quieren saber? Collier y Sweeney se ocultaron después del golpe. Les busqué, pero hasta que oí por la radio que Collier había sido asesinado no supe una palabra de ninguno de los dos.

—Supongo que se da cuenta de la acusación que puede montarse contra usted. Collier y Sweeney se pusieron de acuerdo para embolsarse un montón de billetes, desobedeciendo Sweeney las órdenes que tenía de dejarse vencer, fingiendo que le noqueaban en el quinto asalto. En lugar de eso, él dejó fuera de combate a su adversario. Y Sweeney y Collier aparecen asesinados brutalmente, lo mismo que la amante esporádica de ese saco de músculos.

—Pero...

—Piénselo un poco y verá como todo encaja, incluso la salvaje manera de matarlos, para que sirvan de escarmiento a otros posibles vivales.

—¿Y el dinero? Yo no lo he recuperado.

—Eso dice usted.

—¡No he visto un maldito centavo de esa fortuna! Por eso quería encontrarlos... Por lo menos mi parte iban a devolvérmela de grado o a la fuerza.

—Ajá. Quien sea que mató a Collier lo hizo involuntariamente. No quiero decir que no le mataran después, pero estaban torturándole cuando el corazón le falló. Entonces buscaron a

Sweeney, pero éste debió resistirse y tuvieron que emplear el cuchillo.

—Usted ha mencionado antes a una mujer... ¿De veras cree que yo he matado a toda esa gente?

—Personalmente quizá no, pero puede echar mano de dos buenos matarifes para el trabajo sucio.

—Sólo que no lo hice.

—Está bien, Guardino, me acompañará a jefatura.

—¿Otra vez? Pero si le he dicho todo lo que sé.

—Quiero que redacte una declaración y que la firme. Después ya decidiré.

—Se arrepentirá de este atropello. He colaborado, ¿no es cierto?

—No me amenace, Guardino, o no podré contenerme —gruñó Kirkside de mal talante—. Quítese ese batín de seda y vámonos.

—¡Quiero llamar a mis abogados!

—El teléfono, para usted, no funciona, Guardino.

McGee dio un paso hacia el racketter. Algo debió ver éste en la cara ceñuda del cazador, porque retrocedió y ya no opuso más dificultades.

Encerrar a un tipo como Guardino exigía ciertos trámites que el teniente cumplimentó casi con entusiasmo.

Después, en su oficina, encendió un cigarrillo y suspiró, satisfecho.

—Acabará, por confesar —dijo—. Puedo mantenerlo fuera del alcance de sus picapleitos amaestrados durante días enviándolo de una a otra de las comisarías de la ciudad, y lo haré. Esta vez lo tengo agarrado.

McGee asintió en silencio.

De pronto dijo:

—Voy a ver a Fran.

—¿Qué te ha dado con esa chica, estás enamorado de ella?

—No me sorprendería en absoluto —rió el cazador.

Kirkside le miró con el ceño fruncido.

—Ella merece mejor suerte —comentó con soma—. Primero, un jugador loco por las apuestas. Y ahora un tipo medio salvaje que lo más seguro es que se la lleve a Africa donde acabará en el estómago de algún león hambriento...

—Yo me entiendo bien con los leones.

—Tú quizá sí, pero ella...

—Al diablo contigo.

Se encaminó a la puerta. Antes de que saliera, el policía exclamó:

—¡En, un momento! Estuve hablando con Indro y Calvin Harmer. Quieren organizar una cena para mañana noche en tu honor.

—Me parece muy bien...

Salió y cerró la puerta.

Un tanto sorprendido, Kirkside se quedó mirando la puerta cerrada casi un minuto. Después, encogiéndose de hombros, devolvió su atención al trabajo, enfrascándose en el montón de informes que había sobre su mesa.

En ninguno de ellos se mencionaba para nada a los dos asesinos que estaban siendo buscados como alimañas por toda la ciudad.

Pensó si Guardino estaría ya lo bastante «maduro» para preguntarle por ellos...

* * *

—No han habido más llamadas —dijo Francine con un suspiro. McGee sonrió.

—Eso es bueno para ti.

Evans se había marchado hacía una hora para cambiarse de ropa y regresar, de modo que estaban solos en el apartamento.

—Fue una gran cosa que pudieran detener a Guardino. Ahora... bueno me siento segura.

—¿Crees que estás lo bastante serena para escucharme?

La muchacha le contempló intrigada.

—¡No comprendo...!

—Apenas me comprendo yo mismo. Bueno, no soy hombre de grandes discursos, tú sabes. En las selvas uno se acostumbra a hablar poco. No tiene muchas ocasiones de practicar la conversación, y menos con una mujer, de modo que te lo diré sin rodeos.

—¿De qué estás hablando, si es que lo sabes?

—Si Johnny viviera jamás te diría nada parecido. Pero él murió y tú necesitas vivir. Tú y yo. ¿Quieres casarte conmigo, Fran?

Ella dio un respingo.

—Así, de golpe y porrazo, ¿eh? —balbuceó.

—No sé decirlo de otro modo. Me he enamorado de ti, es así de sencillo.

—Duncan...

—Podría decirte que te quiero, que eres como el aire que respiro para mí y todas esas cursilerías. No sirvo, eso es todo. Pero es cierto que te quiero, lo creas o no.

Ella empezó a sonreír. Todo su bellissimo rostro pareció iluminarse con un resplandor de vida, de ansias nuevas, como un cielo brillante de sol después de una tormenta.

—¿No vas a darme tiempo para pensarlo, Duncan? —murmuró.

—Bueno, tómate el tiempo que necesites... un minuto, dos... Cinco tal vez. Pero no tenemos mucho tiempo.

—¿Qué pasa con el tiempo, va a declararse una guerra acaso?

—Que yo sepa, no. Pero nos marcharemos de esta maldita ciudad tan pronto termine todo este desagradable asunto.

—¿A... a Africa?

—Es pronto para volver allí. Pero quiero conocer Europa, y me horroriza la idea de hacer el viaje solo.

—De modo que si quieres casarte conmigo es sólo por motivos egoístas, para no viajar solo...

El se echó a reír.

—Me has pillado. ¿Qué decides?

—¿Han pasado ya los cinco minutos de plazo?

—Casi.

—Nunca estuve en Europa, Duncan...

—¿Y...?

—Me gustará conocer el viejo continente.

Ambos se echaron a reír y un instante después la muchacha casi desapareció entre los brazos de McGee, apretada contra su enorme tórax de titán.

Por un instante pensó que él iba a ahogarla con su abrazo. Después, sintió que le robaba hasta él aliento y se sintió flotar en medio de la vorágine de aquel beso que no admitía comparación con ninguno de los que recibiera en su vida.

Fue un torbellino que la transportó a un mundo de pasiones tan salvajes y primitivas como ella no sospechara jamás que existieran.

Y lamentó haber tardado tanto tiempo en descubrirlo.

Sólo la llegada del detective Evans aplacó la tormenta y las aguas volvieron poco a poco a su cauce...

CAPÍTULO XII

Volvía a llover con intensidad. Kirkside, sólo en su despacho, miraba caer el agua al otro lado de los cristales de la ventana, con el difuminado chispear de las luces fundidas con la lluvia. Oyó abrirse la puerta y se volvió.

McGee entró y fue a sentarse a una silla.

—Bueno, ¿qué te pasa, lamentas haber pedido a Fran que se case contigo?

—¿Cómo lo supiste?

—La llamé para saber si todo iba bien y ella me lo contó. Debí ser toda una escena...

El rostro sombrío del cazador se agudizó.

—Lo fue —dijo.

Kirkside, intrigado, se dejó caer en su sillón.

—Bueno —refunfuñó—. ¿A qué viene esa cara de funeral?

Sin responder, McGee colocó una fotografía sobre la mesa.

El policía se inclinó sobre ella y su boca se abrió en un gesto de estupor.

—¿Qué demonios...? Ése soy yo... en tu compañía, entrando en el edificio donde detuve a Guardino. ¿Qué significa?

—Está tomada con luz infrarroja.

—¡Me importa un cuerno cómo esté tomada! Quiero saber qué clase de juego es éste.

McGee encendió un cigarrillo y dijo con voz neutra:

—Encargué a una agencia de detectives que siguiera los pasos a todos los miembros del grupo, Ray. A todos sin excepción, y que obtuvieran fotografías de cada una de las personas con las que se reunieran.

—¡Condenación! Debes estar loco. Hacerme vigilar a mí...

—Hay más fotografías tuyas aún. Conmigo, con tus hombres... Se ganaron bien la suma astronómica que van a sacarme.

—Y todo eso, ¿para qué?

—El bastardo que llamó a Fran, amenazándola, cometió un desliz, para llamarlo de algún modo. Imagino que supondría que la muchacha estaría tan aterrorizada que eso le hizo ser un tanto descuidado...

—Maldito si comprendo nada.

—El tipo dijo que ella y Johnny iban a casarse, aunque hubiesen roto al final, por lo que él debía haberle confiado sus secretos. Que yo sepa, sólo los miembros del grupo estaban enterados del rompimiento de la pareja.

Kirkside se echó atrás en el sillón, estupefacto. Una mirada chispeante apareció en sus ojos, súbitamente alerta.

—Sigue.

—Eso fue todo. Empecé a pensar y acabé en las oficinas de la compañía de investigación. Te repito que han realizado un buen trabajo.

—No será por esta foto solamente.

—No, por las otras.

Las sacó del bolsillo. Una a una fue extendiéndolas sobre la mesa, ante los asombrados ojos del policía.

Éste vio a Indro Bran en compañía de una muchacha despampanante. Había varias tomas y algunas de ellas habrían enfurecido a Bran de haberlas visto.

En otra serie estaba en compañía de dos hombres jóvenes, en la barra de un bar. Los tres reían y bebían.

De pronto, Kirkside contuvo el aliento y se inclinó hacia adelante.

—¡Dios mío! —jadeó.

—¿Comprendes?

Levantó la azorada mirada y se encontró con el hielo que había en las pupilas de su amigo.

—De modo que era eso —murmuró.

Volvió a contemplar las fotografías.

Correspondían a Calvin Harmer.

En la primera estaba acompañado de una mujer cuyo rostro era completamente desconocido para el policía.

En las otras, su acompañante era un hombre.

Un hombre de rostro enfermizo y ojos hundidos.

—Sabatier —jadeó sin voz—. ¡Calvin Harmer en compañía de ese criminal...!

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Detenerlo, por supuesto.

—Iré contigo.

—Espera un minuto...

—¡Maldita sea! No esperaré nada. ¿Es que no te das cuenta? Harmer fue quien ordenó torturar a Johnny, quien ordenó la muerte del púgil y la de su amante. Ahora todo encaja... Johnny no tenía dinero para financiar el chanchullo en que se metió. Necesitaba diez mil dólares y Harmer fue el capitalista.

—Y Johnny pensó, quedarse con todo. Pero ¿dónde está el dinero en ese caso?

—Eso maldito si me importa. Harmer va a pagar caro haber sembrado la ciudad de cadáveres... especialmente el de Johnny.

—Será condenado por el tribunal, no antes, Duncan, métete esto en la cabeza.

—Tú no cazaste nunca ñeras enfermas y rabiosas, ¿verdad?

Se levantó y de un zarpazo descolgó el teléfono. Discó un número y dijo:

—Habla McGee...

Estuvo en silencio, escuchando. Su mirada de hielo centelleó.

—Gracias. Han hecho un magnífico trabajo. Mantengan esa vigilancia hasta que lleguemos nosotros. Si salen entretanto, síganlos vayan donde vayan.

Colgó.

—Harmer está en un bar de la 122, en compañía de dos hombres, y parece que discuten —dijo, sombrío.

—Vamos allá.

Kirkside dio unas órdenes y dos coches salieron embistiendo la lluvia.

Por el camino, McGee dijo aún:

—El detective privado que les sigue está en la esquina, dentro de un coupé gris. Irá tras ellos si salen antes que lleguemos.

—Ese hombre haría bien en rezar, si le descubren...

Sólo que en la esquina indicada no había ningún coupé gris ni

de ningún otro color.

—Deben haberse marchado... ¡Eh, allí está!

El coche se aproximó despacio y acabó deteniéndose junto al bordillo.

Un hombre asomó por la ventanilla.

—¿Cuál de ustedes se llama McGee?

—Soy yo. ¿Dónde están?

—En un coche. Tienen dificultades con el arranque... Les quité la cabeza del delco.

—¿Dónde?

—En la 111, ante Central Park. No podrán ir a ninguna parte con su cacharro.

—¡Vamos!

Los policías se desparramaron por ambas aceras hasta la calle siguiente.

Vieron a los tres hombres, simples sombras oscuras entre la lluvia, en el momento en, que se apeaban de un auto.

Kirkside se detuvo y levantó su revólver.

—¡No se muevan! Están rodeados...

Los tres se revolvieron como serpientes. Uno disparó y la bala casi le dio al teniente en la cabeza.

Luego, echaron a correr y desaparecieron en la lluvia.

McGee.

—¡Tú y tus formulismos legales...!

Echaron a correr como gamos, chapoteando en el agua.

Un guardia salió de la cortina de lluvia y gritó:

—¡Entraron en el parque, señor!

—¡Maldita sea, lo que nos faltaba!

—Casi cinco millas cuadradas de vegetación, matorrales, árboles y lagos —refunfuñó Kirkside.

—Una pequeña selva —dijo McGee con extraño acento.

—Cualquiera los saca de ahí.

—Yo los sacaré, Ray.

—¿Qué?

—Son míos ahora, ése es mi terreno de caza, la selva. Ordena que vigilen todas las salidas, pero que nadie se aventure a meterse ahí dentro si quiere seguir viviendo.

—Escucha, te convertirás en cazador cazado. Ellos son tres, ya

viste que van armados y que no vacilan a la hora de disparar.

—Te repito que éste es mi terreno. Una hiena jamás puede ganarle la partida a un cazador...

Se acercó a la entrada del parque. Había varios guardias allí esperando instrucciones.

McGee le arrebató el rifle a uno de ellos.

—¿Cuántos cartuchos carga este chisme? —preguntó.

—Doce. ¡Eh, oiga...!

Kirkside gruñó:

—Está bien, agente, préstesele para esta cacería. Suerte, Duncan... y cuidado.

—No tienes nada que enseñarme en ese aspecto.

Un instante después, el cazador había desaparecido en aquella siniestra espesura en la que se agazapaba la muerte.

* * *

Agazapado, indiferente al agua que le empapaba, avanzó con cautela por el estrecho sendero.

¡Cuidado, McGee! A la izquierda, algo se ha movido. Un roce solamente. En las selvas africanas podría ser una serpiente, un pequeño simio...

Aquí no hay serpientes ni monos.

La hojarasca ha transmitido su mensaje y los expertos oídos del cazador lo han descifrado.

Parándose bajo la masa líquida, Duncan se irguió. De su garganta brotó un sonido seco, un grito gutural como el canto de un gran pájaro de la noche.

El sonido repercutió en el silencio bruscamente, sobresaltando al hombre emboscado que no pudo reprimir un movimiento de alarma.

McGee se agazapó y poco a poco levantó el pesado rifle. Hubiera podido disparar con los ojos cerrados porque no veía nada, pero tenía perfectamente marcado el lugar de donde procedió el chasquido de una rama.

Tiró del gatillo suavemente.

El formidable trueno del arma se elevó en la noche, y casi simultáneamente hubo un alarido y un revoltijo de pies y hojarasca.

Ahora viene lo más difícil... una fiera herida es doblemente peligrosa. ¡Cuidado! Puede descargar aún su último zarpazo...

Llegó al macizo casi arrastrándose en el lodo. Vio el bulto caído y sintió la tentación de meterle otro pesado proyectil en el cuerpo.

Pero estaba muerto. Tenía un boquete enorme en el pecho.

Era el hombre de los ojillos diminutos.

McGee se irguió, tendiendo el oído, moviéndose ahora velozmente, en pequeñas carreras.

Saltar un macizo y agazaparse. Correr hasta un árbol y pegarse al tronco en un segundo. Deslizarse después por un sendero que desciende en declive...

Pararse una vez más, escuchar conteniendo el aliento...

Los pasos.

Torpes, pesados, chapoteando en el barro a pesar de los esfuerzos del hombre por disimularlos.

La silueta surgió de la lluvia a treinta metros.

McGee disparó sin apuntar.

El trueno del rifle.

El aullido, y la silueta saltó en el aire, retorciéndose antes de caer perdiéndose de vista.

De nuevo aproximarse con los nervios tensos. La pantera emplea maliciosos trucos para descargar su golpe. Y es terrible si está herida...

Ahí está, un bulto informe. Tiene algo de muñeco de feria en su imagen, las ropas empapadas, la mano tendida y la derecha cerrada en torno a un afilado cuchillo, la cara revuelta en el lodo.

Está muerto.

Sólo queda una pieza, Duncan.

La más importante.

De pronto gritó:

—¡Harmer, maldito perro!

Oyó una breve carrera y sus dientes rechinaron.

En la negrura descubrió un gran macizo, cerca de un lago.

La carrera había terminado allí, en ese macizo precisamente.

Se lanzó a la carrera, agachado, el cañón del rifle un poco inclinado hacia adelante.

Del macizo partieron dos disparos. Los secos estampidos de la pistola casi sonaron ridículos después de los broncos truenos del

rifle.

McGee disparó una vez, pero falló porque la pistola volvió a mandarle una bala.

Se zambulló en el aire y aterrizó contra el barro. Otra bala pasó por encima de él.

El león devuelve los zarpazos, McGee. Has cometido un error, y los errores, en la selva, se pagan con la vida.

Si éste fuera un león experimentado no tendrías esperanza.

No lo es.

Y se mueve cautelosamente.

Quieto, McGee... ¡Quieto ahora!

Se impacienta.

Es incapaz de soportar la incertidumbre.

Se mueve otra vez. Quiere saber si ha matado o no. Si el cazador ha caído al fin...

Una sombra... ahora se destaca del espeso matorral... avanza...

Ese hombre es la muerte, McGee.

La muerte de Johnny, de Sweeney, de la pobre June que todo lo que deseaba era acostarse con alguien que la tratara con dulzura...

Es la fiera sedienta de sangre, de carroña.

El rifle subió despacio. Apenas sin levantar la cara del lodo, disparó.

El enorme proyectil lanzó la silueta de aquel hombre por los aires. La pistola se la disparó dos veces en sus convulsiones de muerte.

Después, cayó y cuando el cazador llegó a su lado estaba tan aplastado contra el suelo que parecía haberse fundido en el barro y el agua...

Empapado, con la lluvia goteándole de sus cabellos revueltos, cubierto de barro hasta las cejas, Duncan miró su reloj.

Apenas pudo creer que hubiera pasado tanto tiempo... más de tres horas desde que se internara, solo, en el parque.

Pero el rastreo había terminado.

Volvió sobre sus pasos. Otros recogieron las piezas cobradas, las más importantes de su carrera de cazador.

Cuando llegó a la salida de la 111, allí estaban los policías en un grupo, especientes.

Kirkside se adelantó, pero lo que vio ante él le obligó a

detenerse en seco y contener un grito de espanto.

Aquella enorme figura cubierta de barro, mostraba aún en el rostro todo el profundo salvajismo de la más atroz cacería que existe: La caza del hombre por el hombre. Era una máscara impresionante, vacía, sin vida.

Sólo en los helados ojos brillaba el hielo de la muerte.

McGee le tendió el rifle.

—Faltan tres cartuchos —dijo con voz sorda que apenas se oyó.

—Sí... oímos los disparos... ¿Están...?

—Muertos.

—Claro.

No podía ser de otra manera, porque en caso contrario ese hombre no estaría ahora de vuelta.

Inesperadamente, Francine y se abrió paso entre los policías.

Kirkside tartajeó:

—Yo la llamé... no sabía qué decidir, pero a ti podía sucederte algo, ya sabes... era mejor que estuviera aquí.

De pronto la encontró entre sus brazos, indiferente al barro, al terror, al hedor de muerte que él creía exhalar.

Y le besó locamente y la tormenta cedió y la cacería había terminado y ya no quedaba nada que no fuera aquel cuerpo apretado al suyo, aquella boca que le robaba el aliento, aquellos brazos que le aprisionaban.

Todo volvía a su cauce.

Olvidó lo demás y al abrazarla a su vez la levantó del suelo como si fuera sólo una ligera pluma...

FIN



José María Lloró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.
- Milly Benton.

- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.